

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede:
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentibus...»

Proposición condenada por la Santa Sede:
«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

Puntos de suscripción.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

Puntos de suscripción.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo año concluye en 30 del presente mes, se servirán renovar oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envien en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

Un telegrama fecho en Viena el 23 anuncia que el Gobierno austriaco envía refuerzos al ejército que tiene en los Ducados, y que envía buques de guerra al puerto de Kiel, añadiendo dicho telegrama que «los ánimos están muy alarmados en aquella capital, porque se teme y hasta se cree inminente un grave conflicto con Prusia.»

Pero es el caso, que mientras el telegrama da estas noticias de Viena, escriben de Frankfurt al Bien Público de Gante, que en Alemania «corren voces de haberse firmado recientemente un convenio secreto entre Austria, Prusia y Rusia, en el cual al parecer sólo se ha tratado de intereses comerciales, pero cuya realidad no sólo es política, sino que tiene todos los caracteres de una coalición de las tres Potencias.»

Este rumor que en Alemania corre, puede servir de explicación al envío de refuerzos para el ejército y marina que Austria tiene en los Ducados, así como la existencia del nuevo tratado, ó por mejor decir, del ajuste definitivo de las negociaciones para la alianza austro-prusiano-rusa, explican la alarma de algunos en Viena, para quienes esta alianza será el suceso político más infuante, como quiera que se dirigirá á combatir la revolución europea.

Respecto á lo del conflicto entre Prusia y Austria á que se refiere el telegrama, podríamos después de lo dicho relevarnos de más explicaciones; pero nos viene á las manos una carta de Berlín, tan fresca como que su fecha es del 19 del corriente, y en la cual leemos lo que sigue:

«A pesar de los últimos incidentes diplomáticos, el Emperador de Austria, opina hoy como siempre en apoyo de una alianza estrecha con Prusia, puesta en consideración como la garantía más eficaz contra las empresas de Italia y de la revolución en general, y como el mayor contrapeso de una alianza anglo-francesa. El hecho de una amistad estrecha entre Austria y Prusia basta por sí solo para asegurar á la primera la paz y el reposo de que há menester para el arreglo de las cuestiones interiores, principalmente la de Hungría.»

Debemos rectificar un juicio, y es el que emitimos ayer acerca del telegrama que hablaba de una carta dirigida por el Padre Santo al Rey de Italia. Esta carta creemos hoy que ha sido escrita; pero aseguramos que no ha sido dirigida al Rey de Italia sino á Victor Manuel, Rey de Cerdeña, y con esto dejamos dicho cómo la carta no es lo que los revolucionarios malos quisieran que fuera y querrán hacer creer que es.

Un diario alemán, el Vaterland, ha revelado la existencia de esta carta del Padre Santo, y en un artículo que titula Pío IX y Victor Manuel, da las siguientes noticias acerca de ella:

«Nuestro muy bien informado corresponsal de Roma, nos habla de una carta dirigida recientemente por el Padre Santo á Victor Manuel. Por más que de ordinario no demos crédito á las noticias de negociaciones entre la Santa Sede y el Gobierno piemonés, no podemos menos de inclinarnos á admitir la autenticidad de esta carta pontificia. Al fin, Victor Manuel continúa llamándose católico; es hijo de un Príncipe que conservó siempre en su pecho profundos sentimientos religiosos, á pesar de los errores de su vida; es Rey de una antigua nación católica. Las personas más allegadas á él aseguran que hay momentos en que las impresiones y reminiscencias religiosas de su juventud se despiertan en él con gran fuerza, y se le ve asaltado por amargos remordimientos de conciencia.»

Contando sin duda con uno de esos momentos, es como el bondadoso Pío IX ha debido dirigirse al corazón extraviado de un miembro coronado de la Iglesia. No es cuestión de negociaciones políticas, de proposiciones ni de concesiones. Es la palabra del Padre á su hijo, del Vicario de Jesucristo á un católico.

La situación de Italia es en efecto bastante desoladora para justificar plenamente esa palabra. La que está llevando á cabo en Italia en nombre de Victor Manuel, aunque sin participación consciente de parte del Rey, no son medidas ordinarias de persecución contra la Iglesia, ó violencias semejantes á las que se han empleado en otros Estados católicos, sino que es una guerra á muerte, guerra abierta, declarada y sin cuartel: guerra que se hace con todas las armas y todos los recursos posibles, para buscar la ruina de la

Iglesia; guerra, en fin, contra la moral y la religión. Si en todas partes el liberalismo se aviene bien con el libertinaje, en Italia ha realizado paladinamente esta alianza; Italia está unificada por un Código penal, que no cuenta entre los delitos la impiedad, el sacrilegio, la pederastia, la violación y el perjurio. Allí se venden públicamente los libros más obscenos y las pinturas más inmorales. La prostitución goza de la más benévola protección por parte de las autoridades, progresando en una escala que horroriza.

La ley del matrimonio civil decretada recientemente, ha conmovido el fundamento más sólido del orden político, la santidad y pureza de los lazos de familia. Se reconoce formalmente el matrimonio de los eclesiásticos, sustituyendo la validez política al voto solemne. La carta del Padre Santo al Rey Victor Manuel se expidió hace quince días; en ella excita al Rey en los términos más imperiosos y solemnes á que ponga un término á la lamentable situación de la Religión en Italia, á la repetición cada vez creciente de crímenes y impiedades. El Rey sin duda ha debido derramar lágrimas al leer esta carta, pero aún no ha contestado á ella.»

TELEGRAMAS.

VIENA, 23.

El Gobierno ha resuelto mandar refuerzos al cuerpo de ejército que está en los Ducados. Ha ordenado que vayan al puerto de Kiel varios buques de guerra. Los espíritus están muy alarmados. Se teme y hasta se cree inminente un grave conflicto con Prusia.

PARIS, 23.

Dice la Patrie que el Papa recibirá oficialmente en la próxima semana á la misión mejicana.

Id., 24.

El gran duque heredero de Rusia falleció anoche á las doce y media, en brazos de sus padres el Emperador y la Emperatriz.

BRUSELAS, 24.

El Rey sigue mejor. Es una crisis que ya ha pasado.

PARIS, 24.

Cartas de Roma confirman que el Papa ha escrito á Victor Manuel respecto á la provisión de los Obispos vacantes en Italia.

Id., 24.

El Moniteur de hoy dice que los despachos de América que llegan hasta el 13 de Abril traen la importante noticia de que el general Lee había capitulado el día 9 con todo su ejército. Las condiciones, sin embargo, honrosísimas para los vencidos: los oficiales y soldados han sido autorizados á volver á sus hogares bajo su palabra de honor. Los oficiales conservan sus armas. Lee se retirará á Weldon.

Lincoln ha capitulado.

Lincoln ha ordenado cerrar la mayor parte de los puertos del Sur. Se cree que quiere suspender el comercio hasta que se haya terminado la paz.

Se asegura que Lincoln publicará muy pronto una proclama en sentido conciliatorio.

PARIS, 24.

En la Bolsa hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, 4 00 0/5; el 3 exterior á 00 0/5; la diferida á 40 3/8; la amortizable, á 00 0/5; el 3 por 100 francés á 67-45, y el 4 1/2, á 96.

LONDRES, 24.

Los consolidados ingleses quedaban de 90 7/8 á 91.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 25 DE ABRIL DE 1865.

Cuando cayó el ministerio que por espacio de cuatro años y medio había sido presidido por el general O'Donnell, hubo momentos en que se creyó que S. M. la Reina tenía á bien encargar al duque de Valencia la formación de un nuevo Gabinete. Los periódicos revolucionarios y principalmente los vicalvaristas, manifestaron repetidas veces que había bastado la sospecha de un acontecimiento de esta especie para que el pueblo de Madrid se alborotara y en ciertos barrios prorrumpiera en gritos subversivos.

¿Qué hubo de verdad en esta historia? Poco ó nada. Lo único innegable es la actitud de la prensa revolucionaria, su amenaza á la Corona si en uso de sus prerogativas nombraba ciertos y determinados ministros; en una palabra: la baladronada de la revolución.

Posteriormente, y después de unos cuantos ministerios que relativamente pueden llamarse de transición, S. M. la Reina llamó al general Narváez, nombrándole presidente del Consejo de ministros, y no hubo tiros, ni tumulto, ni alboroto, ni bullicio, ni vivas, ni muertas; en suma: no hubo nada; no hubo otra cosa que un ministerio más.

¿Reconoció por ventura los revolucionarios su propia impotencia? De ningún modo. Indicar bien á las claras que si aceptaban pacíficamente el nuevo Gobierno, era en odio á la Unión liberal y al vicalvarismo que estaba pesando sobre el país como una amenaza. No faltó quien insinuara que el general Narváez venía muy conciliador, muy liberal, y el ministerio por su parte hizo todo lo posible por justificar semejante opinión. La revolución se dio por satisfecha con hallar un motivo cualquiera para perdonar la vida al ministerio del duque de Valencia.

Entretanto la revolución tenía que hacer algo para justificar su matonesca actitud. ¿Qué sería de la revolución si las gentes sencillas y honradas llegasen á perderle el miedo? Inventó pues, la demostración pacífica del entierro del señor Calvo Asensio, inventó el retraimiento, el almuerzo de los Campos Elíseos, las cenizas de Muñoz Torrero, la profanación del Dos de Mayo, el emplazamiento de dos años y un día debido al sutil ingenio del general Prim, la sedición militar del cuartel de la Montaña, y sobre todas estas cosas y otras muchas más se ha estado despachando á su gusto en la prensa periódica.

No ha habido conato de medida de buen Gobierno que no haya sido precedido, acompañado y seguido de las amenazas de la revolución, ni defensor del orden á quien no haya esta enseñanza de los puños, ni institución á la cual no se le haya jurado. Ha amenazado á la Reina, á las Cortes, á los diputados, á los senadores, á los electores, á los candidatos, á la Iglesia, á los Prelados, á los escritores católicos, á todo el mundo.

Su objeto ha sido infundir miedo y dominar por el terror; meter ruido, ya que no podía meterse en el poder; acobardar á las gentes, ya que de otro modo era incapaz de dominarlas. En suma: su sistema ha sido el de los matones.

Pero los sucesos del 8 y 10 del actual por tantos títulos deplorables, han tenido la ventaja de poner en evidencia las impotentes baladronadas de la revolución.

Si ésta fuese tan fuerte como se la supone y como ella misma lo da á entender, no hubiera desaprovechado ocasión tan oportuna de hacer ostentación de su inmenso poderío, trastornando en breves días el país. Teníamos, según ella, un ministerio cordialmente detestado por la opinión pública: este ministerio acababa de poner su mano en la prensa y la enseñanza que, como hemos dicho muchas veces, son las llagas más vivas, la parte más sensible de la revolución.

Habiase logrado alucinar á unos cuantos jóvenes; tenía ya una masa de motín: la autoridad pública estuvo constantemente escarmentada por tres días, acababan de firmarse tréguas con el vicalvarismo; no existía, por consiguiente, ese pretexto para tolerar al general Narváez: el movimiento se iniciaba en la capital de la monarquía, y tuvo algún eco en la segunda población de España, en la temible Barcelona, cuando las fábricas estaban cerradas, los jornaleros sin trabajo, y viviendo á expensas de la caridad.

La revolución, sin embargo, ha desechado tan magnífica oportunidad, y ella, la valentona, la perdonavida, la omnipotente, ha retrocedido asustada.

¿Por qué así? Por dos razones á cual más poderosas, que vamos á exponer brevemente, porque estando como están en la conciencia de todo el mundo, incluso los revolucionarios, no necesitamos esforzarnos mucho para hacerla sentir.

La revolución nunca ha sido verdaderamente popular en España. Ha triunfado muchas veces; pero siempre ha sido cuando los Gobiernos no han querido resistir ó no han tenido medios de hacerlo por haberse rebelado contra ellos gran parte de la fuerza pública encargada de mantener el orden.

Puede pasar entre nosotros por una verdad axiomática, que mientras el ejército permanezca fiel á sus banderas, toda revolución será por ahora indefectiblemente sofocada. Aun estando el pueblo armado, aun existiendo centenares de batallones de Milicia nacional, la insurrección tendrá que sucumbir ante el valor, la disciplina y la lealtad del ejército. Los sucesos de 1856 lo prueban concluyentemente. Pero no habiendo pueblo armado y organizado en Milicia ciudadana, el mal éxito de toda intencionada de esa especie es completamente seguro. La revolución lo sabe, y por eso dirige especialmente sus miras á la sedición militar. La revolución lo sabe, y por eso está escarmentada. Su aire de matona, no es más que el disraz de la profunda convicción de su impotencia.

Pero vamos á la segunda razón, que parece estar en contradicción con lo que acabamos de exponer, aunque en realidad lo confirma.

La revolución es ciertamente impotente para trastornar el país, á fin de producir, después de sangrientas batallas contra la autoridad, un simple cambio de ministerio, de situación ó de bandera. Para lo único que tiene alguna fuerza, si bien todavía no cuanta necesita, es para un cambio radical de cosas, para una completa anarquía. Se acabaron ya en España los motines ó pronunciamientos moderados, vicalvaristas y progresistas, y aun casi podemos pronosticar que no hay miedo de que triunfen los futuros movimientos democráticos: la primera

revolución victoriosa entre nosotros ha de ser socialista. Principiará de cualquier modo: no es posible adivinar qué nombre, qué bandera ha de tomar en un principio; pero si sabemos cómo se ha de llamar cuando termine. Para vaticinar esto no se necesita ser profeta, basta tener sentido común y saber apreciar los síntomas revolucionarios que se están observando de algunos años á esta parte.

Así se explica la impotencia de la revolución.

La revolución se teme á sí propia, esto es, los revolucionarios progresistas que no estarían lejos de excitar á la plebe para un segundo bienio con su Milicia nacional, con su Espartaco y todo, y quizás también para una segunda regencia, se acercan más de una vez á las masas, y fruncen el ceño al ver que las masas no entienden ya de regencias, ni de Esparteros, y sólo hablan de asesinatos y robos.

Al olor del motín nos dijeron días pasados que habían acudido á Barcelona gentes que no llevaban otro objeto que el degüello y el saqueo. Los mismos progresistas y demócratas habían tenido que contentarse. Es claro: progresistas y demócratas hay muchos enriquecidos ya con los bienes de la Iglesia, y el socialismo no distingue de colores, va á donde hay algo de que aprovecharse, y mata donde hay que robar. Estas noticias no son nuestras, son de un liberal dirigido á otro liberal. Cierta inquietud acerca del origen de sus riquezas hace todavía más medrosos á los revolucionarios que arrastran coche á costa de la miseria del Clero.

Pero si este miedo divide hoy á los revolucionarios y contiene los motines, siguiendo por el camino que hemos emprendido, llegará muy presto el día en que el socialismo sea más poderoso que los revolucionarios tímidos y prudentes, y nada entonces bastará á contenerlo. Si pasados estos acontecimientos, se deja que la enseñanza pública continúe en el estado que hoy tiene, que los profesores sigan enseñando que no hay Dios, que el hombre no tiene alma espiritual, que la república es la única forma legítima de Gobierno y el comunismo un derecho humano; si apagado el eco de los días 8 y 10 continúa la prensa tan desenfrenada como antes y siguen las asociaciones de jornaleros, la revolución anárquica, radical y socialista no se contentará de seguro por los aspasientos de los progresistas ricos, por los discursos de los demócratas doctrinarios, ni por la súbita energía y relumbrones de orden de los Gobiernos.

Los progresos que la anarquía ha hecho de seis años á esta parte, nos dan la medida de cómo avanza la revolución socialista.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

¡Cosa singular! Hace ocho días que fueron denunciados y secuestrados todos los ejemplares de la prensa liberal independiente por haber publicado una protesta contra los sucesos de la noche del 10. Cuando así se procedió, debió ser sin duda porque el fiscal de imprenta y el juez del ramo consideraron perniciosos la circulación de un escrito que á todas luces incurria en los casos señalados por la ley. Pues lo que hace ocho días se creía culpable, lo que hace ocho días se consideraba pernicioso, lo que hace ocho días se denunció y secuestró en cumplimiento de la ley, hoy puede libremente circular, y de hecho circula en las columnas de aquella prensa liberal, procesada pocos días há por el mismo hecho. ¿Y saben nuestros lectores cómo se explica este fenómeno? ¡Oh poder del parlamentarismo! Repasen nuestros lectores los extractos de las sesiones del Senado en estos últimos días, y encontrarán descifrado el enigma.

Al explicar su interpelación el Sr. Calderón Collantes tomó de su asiento un papel, y leyó, no sin suspicacia antes que deseaba que constase íntegro lo que iba á leer: era la misma protesta de que hemos hablado unos renglones más arriba. Desde entonces el documento denunciado pasó á ser un documento oficial, y como tal pueden ya reproducirlo los periódicos sin el menor riesgo; desde entonces el artículo, cuya circulación se creyó perniciosos y subversiva, por obra y gracia del Sr. Calderón Collantes, que sin duda debió sustraerle toda la parte dañosa, puede ya circular sin ocasionar el menor perjuicio.

Un periódico había de los de la prensa liberal que por no ser diario no pudo publicar la protesta, á que se adhirió antes de que fuera denunciada; este periódico era el satírico Gil Blas; pues este tal mediante la intercesión del señor Calderón Collantes, ha podido en su último número publicar la célebre protesta tomada de la Gaceta de Madrid.

Hé aquí, pues, una manera muy sencilla de dejar sin efecto la ley de imprenta en cuanto esta tiende á proteger á la sociedad contra los

ataques de los ilustradores de la opinión. Se denuncia un artículo por creerse que su circulación es perjudicial. Pues levántese en el Senado ó en el Congreso un representante de la patria, lea el artículo denunciado de que tal vez él mismo es el autor, y la patria puede sin escrúpulo tragarse el artículo que la ley considera, dañoso. Entre esto y la facultad que á un senador ó diputado se concediera para derogar una ley para un caso en que así le convenga, no encontramos diferencia alguna.

Lo mismo que hemos dicho de la protesta de la prensa liberal independiente, pudiéramos decir de las calificaciones que han hecho en el Senado de la conducta del Gobierno algunos senadores.

«Gracias á los discursos pronunciados en la alta Cámara, dice El Diario Español, ya es posible calificar los tristes hechos del 10, sin el inminente riesgo de ir á morir en las oficinas del señor fiscal de imprenta.» Y con este salvo conducto, llama á aquellos hechos sangrientos, vandálicos, homicidios alevosos, cacería organizada, ofeo.

Hé aquí una de tantas delicias del sistema parlamentario.

O en la ley de imprenta, ó en las facultades concedidas á los senadores y diputados, ó en una y otras está el defecto: negarlo, es negar la luz.

Pero el mal no carece de remedio. Lo hay sin duda muy eficaz, y ya saben nuestros lectores cuál es el que nosotros hemos propuesto y aplicáramos si de nosotros dependiese.

El Pueblo de anoche ha sido denunciado.

El Diario Español lo extraña, por que dice, y con razón, que muchas más cosas recogibles se han dicho en el Senado estos días, que lo que escribió anoche el periódico democrático.

Así esta la tribuna española; por eso anda como vemos España.

Dice La España que los agentes revolucionarios se toman el trabajo de ir á las casas excitando á que se dirijan cartas á los periódicos radicales con denuncia de desgracias, abusos y atropellos. Esto lo sabe por un extranjero respetable á quien se buscó con este objeto, y que se lo refirió, admirándose de la pasión á que se llevan en España todas las cuestiones.

Ello podrá ser pasión, pero sin este recurso no se podría llenar el papel con cartas de gentes á quienes no pasó nada, y que sin embargo no tienen reparo en escribir para decir que tuvieron miedo, ó que fueron con anterioridad á los sucesos del 10 detenidos como sospechosos, ó que filosofan sobre aquellos acontecimientos con un sentimentalismo larvático, para luego silbar á clases respetabilísimas poniendo, al pie de sus elucubraciones el siguiente regional: «Un sacerdote, que por lo mismo que no es neo, es católico.»

Y La España pregunta en serio: ¿para que se hacen aquellas excitaciones?

Pues ya lo está viendo: para manchar con la asquerosa baba de la revolución, é intentar que aparezca ligado á ella, lo que si para algo se acuerda de que aquella existe es para anatematizarla, para combatirla, como lo hace el Clero católico de todo el mundo, comenzando por el Romano Pontífice.

Aun cuando la revolución no obtuviera aquí otro triunfo que el de poder conseguir que un ungido del Señor la aplaudiera, paladinamente, sin rebozo, se daría por satisfecha.

Pero, á Dios gracias, para siquiera fingirlo, es necesario recurrir á una aparente reserva que tiene todas las trazas de una calumnia cobarda.

Ya nos hemos explicado la conducta de la Unión liberal en estos últimos días.

Un periódico de aquella parcialidad, nos la ha descifrado anoche.

«La Unión liberal espera,» y sabido es que—el que espera desespera.—

En efecto: sólo la desesperación puede inspirar una conducta tan desatentada y torpe como la que en estos días han seguido los hombres y los periódicos de aquel bando.

Sr. Calderón Collantes, no hay que farse de amistades de circunstancias.

El Pueblo dice anoche que tiene memoria, y que por tanto, no se le ha olvidado que vuestra señoría llamó un día plebe asquerosa á la masa de hombres que constituyen el partido democrático.

Mucho ojo, por tanto, que estos demócratas son unos diablillos, y si dan en no quererse llamar Benito, y en decir que los amigos y el vino, por añejos valen, todo el fruto de la magnífica campaña que contra el principio de autoridad, y con aplauso de aquella plebe asquerosa, ha sostenido V. S. en el Senado, va á ser per-

dido, y en el día de la liquidación puede figurar, contra sus esperanzas, en el pasivo.

El *Contemporáneo*, que es uno de los liberales independientes que más cruda guerra hace al ministerio, dijo hace ya varios días que el día en que se discutiese en el Congreso la interposición sobre los sucesos del 10, la sesión se declararía permanente, hasta que el punto quedase terminado.

Hoy *El Diario Español* atribuye al Gobierno, censurándolo, el pensamiento de su colega de tribunal, diciendo que esto lo hace con el fin de ahogar la discusión.

Nosotros no sabemos si existe ese propósito ni quien lo abraza ni con qué propósito, lo único que sabemos, porque lo dijo anoche un diario vicalvarista, que *«la Unión liberal espera»* y que... etc.

Cuando nosotros decíamos ayer que hay varios otros profesores á quienes pueden dirigirse cargos idénticos, si no más graves todavía que los que se hacen al Sr. Castelar, nos referíamos, y así pudo entenderlo *La Democracia*, no á actos políticos, sino profesionales, punto de vista desde el cual hemos tratado latissimamente la cuestión de enseñanza universitaria.

¿Y por ventura, *La Democracia* tendrá el satánico orgullo de reclamar para su director el título del más dañoso de los textos vivos?

Pues á pesar de eso, nosotros, repitiendo lo que hemos dicho antes de ahora, juicio que corroboró con su autorizada palabra el Sr. Nocedal en el Congreso, creemos que el Sr. Castelar es el más irreflexivo, el que echa de entre todos ellos más adelante el cuerpo; pero que así y todo, en la Universidad central hay maestros más perniciosos aún que él, principiando por su maestro y propagador de la escuela krausista en España, y acabando por cualquiera otro de los textos vivos, cuyas doctrinas han sido expuestas documentalmente, y sin contradicción, por *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*.

Esto dijimos, esto sostenemos, mal que pese al Sr. Castelar.

Creemos que hay otros catedráticos peores que él, y eso que como profesor y como hombre de escuela lo encontramos detestable, vitando.

REFUTACION VICTORIOSA

del artículo publicado anoche por *EL PENSAMIENTO* que hace hoy *La Democracia*.

«*EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* publica en su número de anoche un largo y pedantesco artículo encaminado á poner de relieve la heterodoxia de todo aquel que no piense como el diario neo-católico.

D. Francisco N. Villoslada, autor del artículo en cuestión, cita á Fichte y Hegel con tanta oportunidad como buen crítico.

Aquí el epígrama de Moratín:

¡Pobre Gerónimo! A mi ver
Tu locura es singular.
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?»

Y concluye esta brillante refutación.

Dice *La Democracia*:

«El ayuntamiento de Madrid, representante del pueblo, en una de sus últimas sesiones votó una crecida cantidad para los heridos y familias de los muertos en la noche del 10 de Abril.

No se habla de lo que para tan filantrópico objeto ha dado la reina.»

Si necesitase justificación la conducta de S. M., la tendría cumplidísima en el irreverente cargo que la hace *La Democracia* en las anteriores líneas. ¡Pues sólo faltaba que el representante más genuino del principio de autoridad en España, abusando de la caridad ó ejerciéndola intempestivamente al menos, encendiera también su vela al diablo, y mereciese por ello los plácemes de sus mayores enemigos!

Eso es bueno para comedias, para ciertos hombres de orden que se acomodan demasiado bien por desgracia á servir á la revolución en la ocasión presente sin embargo de haberla odiado toda su vida. La revolución que hoy les aplaude, les dará mañana el pago merecido.

Leemos en *El Contemporáneo*:

«Asegúrase que se han ofrecido puestos importantes á los redactores de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* y que no habiéndolos querido admitir todavía, se ha acordado el nombramiento del Sr. Catalina para la dirección de Instrucción pública.»

Traquilícese *El Contemporáneo*, los redactores de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* no le harán ni todavía ni nunca la concurrencia en el aprovechamiento de los destinos públicos.

Para servir á su patria con lealtad no necesitan ni el estímulo ni el sueldo de un empleo.

Ya sea por efecto de las personas, ya de las cosas, vamos temiendo que en España es punto más que imposible hacer nada de provecho.

Apénas el Gobierno acaba de dar un paso digno por la senda del bien con la suspensión del Sr. Castelar, parece que le faltan las fuerzas y desfallece ante un obstáculo, que otro gabinete de empuje que él no fuera, habría removido con la mayor facilidad.

Parece que la facultad de filosofía y letras ha presentado sus dificultades para reemplazar al Sr. Castelar; consecuencia de estas dificultades ha sido la reunión de que habla *El Contemporáneo* en los siguientes términos:

«Tenemos algunas noticias de la reunión que la facultad de filosofía y letras de la Universidad central, expresamente convocada por el señor Orovio, celebró en la noche del sábado en el ministerio de Fomento. El elevado carácter de los profesores que concurrie-

ron, y la naturaleza misma del asunto, nos imponen completa reserva sobre la parte principal de lo que allí ocurrió.

Sólo diremos que la conducta de aquellos dignos individuos fué tan firme, circunspecta y resuelta, como correspondía al decoro de tan respetable cuerpo, y á la actitud que en esta cuestión de la enseñanza, tan grave y trascendental, parece haber adoptado. Hemos oído, que especialmente el decano de la facultad, señor Amador de los Ríos, á pesar de las insinuaciones de todas clases y géneros que se le hicieron, sostuvo esta actitud con el calor y firmeza propios de un hombre há tantos años consagrado á las nobles tareas del magisterio público, cuyos gloriosos timbres ha aumentado con sus servicios.»

La *Correspondencia*, por su parte, dice lo siguiente sobre el mismo asunto:

«Dícese que anteanoche celebraron una conferencia el ministro de Fomento y director de Instrucción pública con los catedráticos de la facultad de letras, de cuyas resultas quedó acordado que el Sr. Amador de los Ríos diera cuatro lecciones en la cátedra del señor Castelar y tres el Sr. Castro; pero ayer y hoy se ha asegurado que este pensamiento había fracasado. No respondemos de la exactitud de la noticia.»

En efecto, debe haber fracasado esta combinación de sucesores del Sr. Castelar, si es cierta la noticia siguiente que hallamos en *Las Nove-dades*:

«Ayer tarde se comunicó orden al Sr. Canalejas, catedrático de derecho de la Universidad central, para que interinamente se encargue de la cátedra que desempeñaba el Sr. Castelar.»

El Sr. Canalejas ha enseñado públicamente que la moral de Fichte enmendó la moral de Jesucristo.

Después de lo referido, no hallamos destituida de fundamento la noticia que corre de la dimisión del señor marques de Zafra.

Entre tantas figuras de abanicos, alguna si quiera habia de descollar digna de esta nobilísima y católica nación.

Por fin terminó ayer en el Senado la discusión iniciada por la interposición del Sr. Calderón Collantes acerca de los sucesos del día 10, gracias á la energía del señor presidente marques del Duero, en la dirección del debate, y á las repelidas excitaciones que hizo á los oradores para que se ciñesen lo posible, mediante las cuales se cortaron incidentes, renunciaron unos señores senadores á usar de la palabra y abreviaron otros sus discursos. Pero aun así y todo fué preciso prolongar la sesión, y en lugar de terminar á las cinco ó cinco y media, terminó á las siete.

Entre las cosas de verdadera enseñanza para el país que se dijeron ayer en la alta Cámara, son notables las palabras del señor presidente del Consejo de ministros cuando decía que, á pesar de todos sus esfuerzos, el Gobierno al cabo de cinco meses de estar abiertas las Cortes, sólo ha podido conseguir que se vote una ley, costando diez y seis discursos del señor ministro de Hacienda en el Congreso y otros tantos en el Senado.

Aparte de los grandes ejemplos que el parlamentarismo nos está proporcionando estos días con la conducta que siguen todos los partidos liberales enfrente del Gobierno en una cuestión en que el principio de autoridad está en peligro, la única gran enseñanza, lo repetimos, que ha sacado el país, es la ineficacia del parlamentarismo para obrar con energía en circunstancias como las por que estamos atravesando.

No tenemos por ahora más que decir sobre la sesión de ayer.

Hoy comienza á reproducirse el espectáculo en otra escena. Es decir, que hoy comienzan los debates sobre los sucesos del 10 en el Congreso.

Con motivo del fallecimiento de S. A. I. el Gran Duque Nicolás, Alejandrovich, Príncipe heredero de Rusia, S. M. la Reina nuestra Señora se ha dignado resolver que la corte vista de luto por espacio de veinte días, la más rigurosa y la mitad de alivio, debiendo empezar desde hoy.

El luto oficial exigido por la muerte del Príncipe heredero de Rusia, impidió que se celebrara anoche el bacquete anunciado en Palacio en honor de la Princesa María de Prusia.

Esta señora estuvo ayer á las tres á despedirse de su majestad, pues hoy ha marchado á Toledo, desde donde se dirigirá á Córdoba y Sevilla.

Entre otras personas que estuvieron ayer á ofrecer sus respetos á S. A., fué una el general O'Donnell.

Hoy celebra sesión el Congreso. El espectáculo parlamentario comienza, pues, en la ex-casa del Espíritu Santo.

El Sr. Huéves, senador progresista, asistió ayer á la sesión del Senado.

S. S. calló á pesar de haber hecho un viaje expreso, por no parecerle digno de su altura descender á ocuparse en un motín aislado.

Los partidos, que por el número de senadores que hoy se cuentan, no ven posible la nivelación con hombres de sus opiniones, se han dado á pensar en la disolución de aquella Cámara y en su sustitución por una elegida en los colegios, como los diputados.

Este proyecto no es revolucionario, es puro y simplemente vicalvarista, de la primera época.

Dice *La Correspondencia*:

«Hoy se han hecho diferentes comentarios acerca de una visita hecha ayer por el señor duque de Valencia al de Tetuán; pero esta visita ha sido sólo un acto de atención para dar el pésame al general O'Donnell por la muerte de su hermano político, y de justa reciprocidad á la atención que el de Tetuán tuvo con el de Valencia en circunstancias parecidas.»

Ha pasado al fiscal de S. M. la causa que se sigue contra el Sr. Castelar.

Ayer tomó posesión del cargo de juez especial de imprenta de esta corte D. Agustín Cándido Morato.

Los dos siguientes párrafos son de *Las Noticias*:

«El Excmo. Sr. D. Domingo Dulce, capitán ge-

neral de la isla de Cuba, ha participado al Gobierno lo necesario que es el pronto abandono por parte de nuestras tropas de la isla de Santo Domingo, pues según tenemos entendido, dicho señor capitán general es enteramente opuesto á la continuación de una guerra que en su opinión sólo produce la extinción sin gloria de nuestro valiente y brillante ejército.

«El Gobierno, en vista de las comunicaciones remitidas por el señor capitán general de la isla de Cuba, ha enviado con el último vapor á aquella Antilla órdenes preventivas, para en caso de que en las Cortes quedase aprobado el proyecto de ley de abandono de la isla de Santo Domingo, se facilite y abrevie su ejecución.»

Del mismo periódico tomamos también los siguientes:

«Parece que, con arreglo al artículo 64 de la ley de municipios, en el que se previene que el jefe político de la provincia podrá suspender á un ayuntamiento en casos graves dando el oportuno conocimiento al Gobierno de S. M., el gobernador de Madrid va á citar nuevamente al municipio de esta corte con la correspondiente amonestación, teniendo entendido que con arreglo á este artículo el gobernador de la provincia obrará en vista del resultado de la invitación.»

La diputación provincial no pudo celebrar ayer sesión por no haber asistido nada más que el diputado Sr. Rodríguez Monge.

Se ha vuelto á citar nuevamente y con segundo apercibimiento á los señores que componen esta corporación, para que acudan mañana á las doce.

Según hemos oído decir, si mañana no se reúne la diputación, será convocada nuevamente por medio del *Boletín oficial* de la provincia, y si no asistiese á pesar de esta tercera citación, el Gobierno entonces consultará al Consejo de Estado la disolución ó la acordará en Consejo de ministros, pero obligándose á dar cuenta circunstanciada á las Cortes, según está prevenido en la ley.

Dícese que se encargará del Gobierno de Granada el actual corregidor de aquella ciudad señor Marín Sánchez.

Dice *El Independiente*:

«Esta tarde (sábado), se ha presentado en la alta Cámara un ciudadano, cuyo nombre omitimos, solicitando hablar al señor gobernador civil de Madrid. Habiendo accedido este, manifestó la persona en cuestión que estaba dispuesta á declarar y á probar que el luto de la sieta y media bajaban por el Postigo de San Martín, en dirección á la Puerta del Sol, 30 ó 35 hombres, confesando que iban á tomar parte en la revolución. Esto ha sido dicho en presencia de algunos senadores y otras personas.»

Le han asegurado á *La Correspondencia* que algunos hombres importantes del partido democrático trabajan sin descanso para conseguir la unión de socialistas é individualistas.

A nosotros nos parece hoy menos difícil que en días no lejanos esta inteligencia, pues aparte de que cuando presumen que habrá oveja muerta, siempre se juntan los rabadanes, hemos observado también que los socialistas han modificado mucho sus opiniones sobre la propiedad con motivo del despojo hecho al Sr. Castelar de la de su cátedra.

Al fin acabaremos por averiguar que los socialistas, en la aplicación de su doctrina, han suprimido el yo; es decir, todos existen por el hecho social, menos yo que estoy sólo para su aprovechamiento.

El Sr. Moyano y otros de sus amigos, que llegaron hace tres días á Madrid, se juntaron anteayer y acordaron no aprobar la conducta del Gobierno en los sucesos del 8 y 10 del corriente.

El derecho de petición, en manos de los vicalvaristas, se va pareciendo mucho al derecho de palteo.

Sabe *El Diario Español* que se preparan varias exposiciones á las Cortes, contra el proceder del ministerio con motivo de los sucesos últimos.

El Sr. Fernandez de la Hoz, diputado á Cortes por un distrito de Madrid, y por otro de Galicia, opta por el último.

Los vicalvaristas se disponen á luchar en el distrito de Maravillas, que resultará vacante.

Las oposiciones independientes parece que presentarán candidato al Sr. Montañán.

Las *Noticias* cree probable se confirme lo que digimos de que el Sr. Ochoa sea nombrado consejero de Estado, y el Sr. Catalina director de Instrucción pública.

Se han expedido las órdenes convenientes para que en fin de mes se dé la paga á las clases que perciben sus haberes del Tesoro. Esta cuenta con los fondos necesarios para cubrir todas sus atenciones del mes.

La *Gaceta* del sábado publicó una Real orden de 6 del actual, dirigida por el ministerio de la Gobernación á los gobernadores de provincias, encargándoles que con motivo de estar próximas á ultimarse las operaciones de justiprecio de las pérdidas sufridas por los pueblos de la ribera del Júcar, en la provincia de Valencia, á causa de las inundaciones acaecidas en Noviembre anterior, justificándose por las relaciones parciales de cada localidad los daños ocasionados á sus habitantes, dicten desde luego las medidas conducentes para que á tenor de lo prevenido en circulares anteriores se centralicen en la sucursal de la caja de Depósitos de sus respectivas provincias todos los fondos existentes en las d-positarias de partido y cuantos de esta índole no hubiesen todavía ingresado en aquella caja, á fin de que cuando S. M. se sirva acordar la concentración de dichos fondos en el punto más á propósito para acudir directa é inmediatamente al socorro de las necesidades á que se destinan, pueda realizarse esta operación, de suyo difícil y vasta, con uniformidad y precisión; encargándoles además el mayor interés, no sólo en estimular á sus administrados para que concurren á tan humanitario pensamiento, aumentando en lo posible los productos de la suscripción, sino que tomen todas aquellas medidas que les sugieran su acreditado celo y experiencia en cooperación de tan laudable propósito.

El *Irurac-bat* de Bilbao nos da noticias del famoso Carranque, oficial de los tercios vascongados, por nombramiento del Gobierno del duque de Tetuán, que se pasó al moro durante la guerra de Africa. Parece que este personaje peleó en Vad-Ras contra el ejército español mandando un cuerpo de tropas marroquíes, y que después de la paz pasó á la corte del Sultán, donde hasta hace poco ha ocupado una elevada posición; pero debió hacer alguna de las suyas, pues el viajero á quien se deben estas noticias vió últimamente á Carranque encerrado en un oscuro calabozo de Fez, cargado de cadenas y sujeto al muro con una pesada argolla al cuello, por un grave desacato que cometió en el palacio de S. M. cherrifiana.

Parece que el infeliz encargado al viajero que lo vió, que dió un fuerte abrazo á su anciano y desgraciado madre, que reside en un pueblo de Galicia.

Los traidores á Dios y á la patria nunca se quedan sin su merecido.

D. Fernando González, vecino de Avila del Rey, ha ofrecido al Gobierno de S. M. dos fincas rústicas para intermitir en el alivio de las cargas del Estado, siguiendo en ello el ejemplo dado por nuestra augusta Soberana.

Hechos de esta naturaleza, son dignos del mayor encomio, y algo raros en los tiempos que alcanzamos.

Leemos en *El Guía del Clero*:

«Se nos ha asegurado que el dignísimo é ilustrísimo señor doctor D. Maximiano Angel y Alcázar, magistral de la santa iglesia catedral de Jaén, gobernador, sede vacante, del mismo Obispado en la actualidad, va á ser propuesto por el Obispo de S. M. para ocupar una de las sillas vacantes. La elección que se haría en este caso no puede ser más acertada, por las especiales dotes de ciencia y virtud que se reúnen en dicha persona.»

El día 17 del presente mes se sirvió Dios llevarse para sí el alma del digno y virtuoso señor doctor don Francisco Ramon García y Lopez, dignidad de Chantre de la santa iglesia catedral de Jaén, quien tan importantes servicios tenía prestados en aquella diócesis.—R. I. P.

Ha tomado posesión el doctor D. Isidoro Velasco y Villaverde, catedrático en el seminario de Sigüenza, de la canonía de la santa iglesia catedral de Huesca, vacante por promoción del doctor D. Saturnino Lopez Novoa á la dignidad de Chantre de la misma, y para cuya prehenda ha sido recientemente nombrado por su majestad.

En algunas parroquias de Madrid se publicó anteayer, después del ofertorio de la Misa la pastoral del Excmo. señor Cardenal Arzobispo de Toledo, en que designa el mes de Mayo próximo para que los fieles puedan ganar el Jubileo concedido por Su Santidad.

Las procesiones que debieron haber salido anteayer por la mañana de varias parroquias de Madrid para dar la comunión pascual á los feligreses impedidos, se suspendieron por causa del mal tiempo, y parece se verificarán el domingo próximo.

Mañana da principio en la iglesia de religiosas mercenarias de D. Juan de Alarcón, la novena de la esclarecida hija de Madrid la beata María Ana de Jesús, donde se venera su sagrado é incorrupto cuerpo.

Mañana por la mañana se verificarán en la iglesia del Carmen los funerales por el alma del Sr. D. Antonio Alcáiz Galiano, último ministro de Fomento. H. brá una escogida orquesta dirigida por el profesor del Conservatorio Sr. Ovejero. Algunos cantantes del Teatro Real se han prestado gustosos á cantar en este solemne acto.

Ayer hubo una grande avenida en el Arjama, impidiendo que vinieran á Madrid muchos arrieros que traían leche y otros comestibles, pues la barca que hay hicié la parte de Alcorendas no pudo atravesar el río á causa de la demasiada corriente.

Anoche fué muy aplaudida en su beneficio la Srta. Spezia, y llamada por el público en unión de su esposo el Sr. Aldighieri á la conclusión del dúo de la *Giuditta*, que cantaron con notable acierto; y durante la representación de *Fausto*, flores, coronas y versos, arrojados á ambos artistas, les demostraron las simpatías que inspiran en el público.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

VARIEDADES.

REVISTA DE MADRID.

La actitud propia del hombre de estos tiempos, mejor dicho del hombre de estos días, debiera ser cualquiere de esas actitudes por medio de las que la mímica ha establecido la manera muda de expresar el asombro.

Para responder á la serie de prodigios que unos tras otros vienen á sublevar, digámoslo así, nuestra frágil admiración, deberíamos pasar las veinticuatro horas del día con los brazos caídos y la boca abierta.

No hace muchos días que presenciámos el monstruoso espectáculo de un elefante convertido en lidiador de toros, llenando su papel con todo el aplomo de su enorme mamí.

Nada más admirable que este prodigio. Un elefante jugando con un toro y divirtiéndose toda una tarde con diez mil espectadores, es ciertamente un suceso extraordinario.

Hasta ahora el arte del toro no había pasado de Montes, de Cúcharos, del Gordito y del Tato, y de esa juventud, digámoslo así, estudianta, que de vez en cuando abre ciertas plazas públicas ó particulares, para dar al mundo una idea de sus prodigiosos adelantos en el arte de capear á un toro.

Todos esos maestros y todos esos alumnos han quedado vencidos ante la colosal figura del elefante. El prodigio en este caso consiste en la averiguación de un hecho por todo el mundo reconocido y por todo el mundo negado; á saber: que la fuerza es siempre mucho más hábil que la destreza.

O de otra manera: Que el hombre comparado con el toro puede ser algo, pero que comparado con el elefante no es absolutamente nada.

O más claro: Que el hombre cuando se dedica á ser animal no llega ni con mucho al elefante.

Considerando el caso bajo el punto de vista racional, puedo decirlo, el elefante es más hombre que el forense, más inteligente que el público y más humano que el espectáculo.

El hombre delante del toro se rodea de toda la astucia, lucha, digámoslo así, de mala fe; su destreza es un continuo engaño; irrita á la fiera para cegarla, necesita ser calculadamente cruel para ser vencedor; el toro, más que un combatiente, es una víctima.

La mayor parte de los toros que mueren en las plazas sucumben destruidos; no los mata el arte, acaba con ellos la barbaridad de los lidiadores.

El prodigio que señala en esta clase de funciones la impotencia del hombre, y es ese feroz instrumento que se llama la media luna.

Siempre que aparece en la plaza quiere decir: el arte no puede con esta fiera: el hombre tiene que convertirse en bruto para acabar con este toro.

Es la última razón del toro, la última suerte de la destreza.

Esto hace el hombre; el elefante es mucho más racional, indisputablemente mucho más grave que el torero de más libras.

Recibe al toro con mucha más destreza que Cúcharos, con mucho más valor que el Tato: lo espera, lo recibe, lo detiene y lo aparta.

Es el juego de un hombre y un niño. El elefante no emplea más fuerza que aquella que le es absolutamente necesaria para defenderse.

Lucha sin cólera, vence sin arrogancia, triunfa como un héroe.

El orden de las categorías tauromáquicas empieza en un chulo y acaba en un elefante.

Este animal le ha enseñado al hombre cómo debe lidiarse un toro.

Y es preciso convenir, y aquí está toda la grandeza del prodigio, en que el elefante tiene razón, porque hasta ahora eso que se llaman corridas de toros no han sido más que corridas de hombres.

Detrás de esta maravilla está en el orden de los sucesos otra maravilla.

Este segundo prodigio causado por el aire al pasar por una garganta ha tenido durante muchos días abortos nuestros áunios y suspenos nuestros oídos.

Imaginense Vds. una preciosa flauta encerrada en el cuerpo de una mujer y tendrán idea de lo que es esa maravilla que se llama la Patti.

Del poder de la fuerza ha pasado nuestro ánimo al encanto de una voz: de la fuerza á la música, de la plaza de toros al teatro Real, del elefante á la Patti.

Yo no tengo facultad para interrumpir el orden de los sucesos, y los sucesos se han presentado en el orden en que yo los expongo.

El hijo de los prodigios ha tenido el capricho de encontrarse una detrás de otra esas dos maravillas.

Y examinados bien ambos prodigios, más extraordinario es que un elefante tenga razón que el que una mujer sepa cantar.

Si la Patti entusiasma, el elefante admira. Si la Patti se ha puesto sobre todas las que cantan, el elefante se ha puesto sobre todos los que tocan.

La Patti despierta en el alma muy agradables sensaciones, pero el elefante despierta reflexiones muy graves.

Para admirar á la Patti, basta con no ser sordo: para comprender toda la grandeza del elefante, es preciso ser filósofo.

Plinio entendía á estos animales; ¡ah si Plinio no hubiera muerto!

Pero en cambio, esa maravilla con voz de tiple, tiene también sus Plinios.

Detrás de esos dos prodigios estaba el tercero misterioso men'e oculto, esperando: vez para presentarse ante el concurso estupefacto.

Esta tercera maravilla se nos presenta bajo la forma de un hombre.

Se trata también de un espectáculo. El Sr. Velle es un prodigio.

Su primera función tiene por título *La resurrección de los muertos*.

Esto sí que es admirable. Lo maravilloso no está aquí en que el Sr. Velle tenga la facultad de resucitar los muertos: lo prodigioso consiste en que haya muertos que quieran resucitar.

Pero, ¿qué es el Sr. Velle? ¿Un magnetizador?

No. ¿Un prestidigitador que es lo mismo? Tampoco. ¿En qué consiste su magia?

¡Oh prodigio! en una coafabulación entre la luz y el cristal.

El Sr. Velle hace ver todo lo que quiere que se vea por medio de fenómenos ópticos.

Más claro: el Sr. Velle va á mentir á los ojos de la muchedumbre atónita por medio del cristal y de la luz.

Va á dárles las formas de la realidad á todas sus caprichosas invenciones.

Admirable; ¿pero ha venido aquí solamente á eso el Sr. Velle?

¿Con cuánto menos trabajo, cuánta menos ciencia, con cuánto menos arte inventa cualquiera una fábula que corre de periódico en periódico, de telégrafo ó telégrafo, de boca en boca, con todos los honores de la verdad?

¿Hay algo en el mundo más activo que la mentira? ¿Hacer ver lo que no existe: eso no es un prodigio, es una vulgaridad.

Desde que se inventó la primera perspectiva, quedó descubierto el secreto de la falsificación de todas las cosas.

Váase lo que el Sr. Velle hace con la luz, medítese profundamente sobre los caprichos de esas combinaciones, porque, no debemos negarlo, estamos en el siglo de las luces.

Aprendamos ante las ingeniosas maravillas del señor Velle que no es oro todo lo que reluce, que nada engaña tanto como la luz.

Este es el último prodigio, el que acaba de llegar, el que tiene en movimiento á los curiosos, el que hará olvidar á la Patti, como la Patti ha hecho olvidar al elefante, á pesar de haber dejado memoria en los Campos Elíseos de su paso por Madrid.

Devoráremos esta maravilla, como hemos devorado las otras.

Pasó el elefante, pasó la Patti, pasarán los prodigios ópticos del Sr. Velle.

Aquí todo pasa. Por eso las cosas y las gentes que no pueden pasar en ninguna parte, se vienen aquí y aquí pasan.

Yo soy el que no paso de aquí.—J. S.

ULTIMA HORA.

CORTES

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUE DE LERENA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 24 de Abril de 1865.

Se abrió á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que el Sr. D. Juan Ferreira Caamaño se excusaba de asistir á la sesión por hallarse enfermo.

Fueron aprobados sin debate alguno los dictámenes de la comisión de peticiones, relativos á la exposición de D. Esteban Fernandez de Tejerina, vecino de Villafraña del Bierzo, y á la de D. Manuel Fabra y Villa, por sí y á nombre de varios contratistas de portezgos.

Igualmente fué aprobado sin debate alguno el dictamen de la comisión de exámenes de calidades que había quedado sobre la mesa en la sesión anterior, relativo á las del señor marques de las Torres de la Presa.

Prévio anuncio del señor presidente, juraron, tomaron asiento en el Senado é ingresaron respectivamente en las secciones sexta, séptima y primera los señores conde de Maceda y de San Roman, conde de la Cañada y marques de las Torres de la Presa.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente acerca de la interpelación del Sr. Calderon Collantes.

El señor PRESIDENTE: El Senado habrá visto la extensión que se ha dado á todas las alusiones y rectificaciones, y los días que llevamos ya ocupados con esta discusión; y sabe también que, según lo que previene el reglamento, los señores aludidos ó que tienen que rectificar deben limitarse á lo puramente preciso para el objeto. Ruego, pues, á los señores senadores que, atendiendo á las consideraciones que es inútil que yo exponga, se ciñan enteramente al reglamento, siendo lo más parco posible en el uso de la palabra, si les es dable hacerlo así.

El señor conde de Vistahermosa continúa en el uso de la palabra para contestar á la alusión personal.

El señor conde de VISTAHERMOSA: Respondiendo á las indicaciones del señor presidente, no obstante la posición especial en que me encuentro por el cargo que desempeño, y que me da tal vez mayor derecho para usar de la palabra, habré de renunciar á ella porque no quiero abusar de la benevolencia del señor presidente, recordando sólo que en la sesión anterior expuse las razones que me habían obligado á pedir la palabra en cumplimiento de un deber sagrado para defender la honra incólume y hasta ahora nunca mancillada del tercio de la Guardia civil de Madrid; y que después de esto, lo esencial de mi discurso, porque pesaba sobre mí con toda su inmensa pesadumbre la obligación de amparar á los guardias tan erróneamente acusados, me ocupé en desvanecer los cargos que aquí se habían dirigido cuando terminó la sesión.

Pero repito que aun cuando me proponía refutar todas las acusaciones que se han hecho contra el comportamiento de la guardia veterana, porque tengo documentos bastantes para ello, no puedo menos de acceder á la excitación del señor presidente, no sin decir antes de dejar el uso de la palabra que si se trata de hacer acusaciones contra los soldados, los generales que nos sentamos aquí, y que hemos acudido á los puntos donde nos llamaba nuestro deber, estamos prontos á ser el escudo protector de esos soldados hijos del pueblo, pobres y desvalidos.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Calonge tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. CALONGE: Señores senadores, por las circunstancias en que me corresponde tomar la palabra en este debate hubiera tenido que hablar largamente; pero mi amigo el señor conde de Vistahermosa, cuya situación especial comprende perfectamente el Senado me ha dado un ejemplo que yo no puedo menos de imitar, y por esto, y atendiendo á altas consideraciones que yo tanto respecto, voy á renunciar al uso de la palabra; pero me permitiré decir al Senado que mientras aquí perdemos y digo perdemos, porque esta discusión no tendrá resultado alguno legal; que mientras aquí perdemos, digo, una y otra hora, cada una de estas nos cuesta un hombre en Santo Domingo, pues perecen en aquel clima de 20 á 25 hombres diarios; esto sin hablar del oro que se gasta allí á torrentes, porque no hay para qué hablar de esto cuando se habla de sangre, aun cuando ése signifique la fortuna de muchas familias y el sudor de muchos hombres. Dicho esto, renuncio, como he dicho, la palabra, suplicando al señor presidente me la reserve en el caso de que se nos dirijan ataques que sea preciso contestar, pues en este caso haremos la defensa y la sostenemos según lo exija el ataque.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Gomez de la Serna tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. GOMEZ DE LA SERNA: El Senado recordará que cuando pedí la palabra por primera vez fué con el propósito de que se dieran algunas explicaciones por el señor ministro de la Gobernación. Estas se han dado cumplidas; y bajo ese punto de vista, y atendiendo á que el señor marques de los Castillejos ha manifestado ya las razones que teníamos para presentarnos en esta ocasión, renunciara la palabra, imitando el ejemplo de los Sres. Calonge y Vistahermosa, si no fuera por alguna otra alusión que me ha dirigido el señor ministro de Fomento.

S. S., después de haber leído un dictamen del Consejo de Estado relativo al negocio del Sr. Ruiz Pons, leyó los nombres de los consejeros que habían intervenido en aquella consulta; y al llegar á mi nombre hizo una pequeña pausa, que yo tomé por una verdadera alusión; y en lo que dije respecto á ese dictamen, lo mismo que en lo demás que dije sobre la enseñanza, no hizo, á mi modo de ver, otra cosa que padecer equivocaciones.

El asunto del Sr. Ruiz Pons no tenía nada que ver absolutamente con el de que ahora nos hemos ocupado: entonces se trataba de una persona que había dado la enseñanza, que se había sustraído á la acción de los tribunales, y su cátedra estaba absolutamente abandonada; y en el hecho de haber un auto de prisión contra él, había de hecho y de derecho una suspensión como catedrático; y además la Real orden contra la que reclamó el Sr. Ruiz Pons no tenía punto de contacto con el actual. En aquella Real orden se decía, después de adoptar la suspensión del Sr. Ruiz Pons, que se formaría expediente gubernativo tan luego como terminara la acción de los tribunales de justicia; es decir, que establecía la misma doctrina que el voto particular de que se habló en la sesión anterior y que suscribimos algunos consejeros, de los que tres tenemos asiento en el Senado, partiendo del principio de que cuando los tribunales entienden en un asunto la administración no debe mezclarse en él hasta que recaiga ejecutoria; y aquí se ha hecho lo contrario, mandando formar el expediente gubernativo, á la vez que los tribunales entienden en el negocio, y esto después de pasado un mes ó más desde que se escribió el artículo que ha dado motivo á esto.

Es de advertir que cuando el Sr. Ruiz Pons acudió al Consejo de Estado contra esa Real orden no se siguieron todos esos trámites que parecía decir el señor ministro como en otro cualquier negocio contencioso, pues no hubo un Real decreto de sentencia, sino una Real orden, que no era sentencia, decidiendo la cuestión: no se trataba sino de una cuestión preliminar, en la que el Consejo dijo que en la administración contenciosa no había competencia para entender de ese negocio, pues bien sabe el señor ministro de Fomento que hay dos clases de cuestiones en esos asuntos, y que en unas no procede la vía contenciosa, siendo en las que puede tener lugar aquellas en que se quebrantan los trámites ó formas del procedimiento, no en las que deja la ley una autoridad discrecional al Gobierno; y precisamente en aquel caso se trataba de un acto en que no procedía la vía contenciosa: esto fué lo que dijo el Consejo de Estado. S. S. no se ha atendido en el caso actual á lo que sucedió en el del Sr. Ruiz Pons, en que se esperaba para la formación del expediente gubernativo á que decidiesen los tribunales, y ahora se manda formar el expediente desde luego.

Tampoco los artículos que ha citado S. S. de la ley de Instrucción pública y de los reglamentos previenen lo que S. S. parecía indicar, pues á haber obrado con arreglo á ellos, el Sr. Montalban hubiera llamado al catedrático para decirle que se enmendase, y hubiera esperado á que se escribiese otro artículo más virulento que el anterior, reuniendo entonces el consejo universitario, que podía haberle suspendido por un mes de sueldo; pero no de empleo, con lo que se hubiera esperado á otro tercer artículo, y entonces hubiera llegado el caso de formar el expediente; de modo que el rector de la Universidad no ha faltado en lo que S. S. decía.

Por lo demás, el Sr. Montalban no suscribió el dictamen que se dice, pues no asistió al Consejo en aquella ocasión por estar enfermo; esto sin contar con que los consejeros no suscriben nunca el dictamen, y tampoco es exacto que haya pedido repetidas veces su jubilación: deseaba sí hacer tiempo jubilar; podrá haberlo dicho en el seno de la amistad, oficialmente no; y estoy autorizado para decirlo así y ahora añadiré que el Sr. Montalban, que en otra ocasión se hubiese jubilado de buena gana, desde el momento que se le exigía miró como una cuestión de honra el no pedirle, y tenía razón para ello.

Tampoco remitió, como se dice, la Real orden, sino que dió un traslado de ella en el oficio que dirigió al catedrático, porque no podía hacer otra cosa.

Yo desearía que el Gobierno de S. M. caminara en esta cuestión de enseñanza con mucho pulso, sin tener esa desconfianza extraordinaria en el profesorado, lo cual no puede producir buenos resultados, y que no se deje llevar de esas acusaciones que se levantan hoy contra la enseñanza, que podrían tener la tendencia que en otra época que todos conocemos; y deseo que el Gobierno no vaya por esa pendiente, en la que cada día habrá una exigencia y luchará en vano si después quiere separarse de ella. En esta parte espero mucho del saber y del tino político que deben tener los Gobiernos.

El señor ministro de FOMENTO: Señores senadores, al ver el discurso que acaba de pronunciar el señor Gomez de la Serna, no parece sino que era la persona acusada, y que trataba de defenderse; y no puedo menos, ante todo de hacerme cargo de la manera con que ha conducido su discurso el señor senador, diciendo que después de las explicaciones que ha dado el Gobierno de S. M. no puede quedar duda alguna de que no se piensa en matar la enseñanza, ni hay peligro de que suceda lo que en la época que su señoría ha citado. El Gobierno no piensa sino en que la enseñanza sea lo que debe ser, arreglada á los principios religiosos, monárquicos y constitucionales, que son los fundamentales de nuestra sociedad. Esto es lo que ha dicho el Gobierno, y nadie tiene derecho á decir que sea otro su modo de pensar en la materia, ni que ha de ser arrastrado por nadie á otro camino.

Respecto á lo que S. S. ha manifestado en el relativo á lo que en el expediente de que nos ocupamos dijo el Consejo de Estado, la opinión de S. S. fué exactamente como la mía, pues entonces se dijo que aquello estaba en las facultades del Gobierno, y que nadie podía oponerse á ello, y esta consulta se evacuó con todas las garantías que la ley marca.

Tenemos también el caso de D. Juan Navarro, en el que se dijo al rector, que era una persona respetable, que si consideraba oportuna la suspensión, lo hiciera así; y en efecto se verificó. No es posible, pues, confundir cuestiones que son tan claras.

Se dice que el Sr. Montalban habrá podido decir privadamente lo relativo á la jubilación, mas no de un modo oficial; pero yo puedo decir á esto que se lo dijo al director de Instrucción pública, y algún documento podría traer respecto á este asunto, pero no quiero insistir en él. Últimamente, lo que ha sucedido, es que no sé si aconsejado ó no, ni tampoco por quién, dijo que se ponía su toga y que se le arrancase. Por lo demás, como se ha reconocido que el Gobierno ha obrado dentro de la legalidad en este punto y con justicia, no quiero por mi parte prolongar más este debate, y concluyo.

El Sr. GOMEZ DE LA SERNA: Yo, señores, no he hecho más en mi anterior discurso que algunas rectificaciones que he creído necesarias, sin tratar de entrar en ninguna otra cuestión, pues si hubiera tenido este ánimo, hubiera podido hablar de la suspensión de cuatro cátedras cuyos discípulos han quedado abandonados.

Ha hablado S. S. del caso del Sr. Navarro, del que no me ocuparé ahora tampoco; pues sólo me cumple decir que yo lo que sostengo es que hay trámites para hacer las separaciones que son impredecibles, y que lo mismo en este asunto del Sr. Navarro, que en el anterior que ha indicado, se esperó la ejecutoria de los tribunales, pues de llevar las dos tramitaciones á la vez, puede resultar que no vayan conformes, lo que llevaría consigo algún despropósito.

El Sr. CANTERO: Como recordará el Senado, yo pedí la palabra al oír ciertas frases del señor ministro de la Gobernación; y como los señores progresistas no hayamos venido aquí con otro objeto que el de

protestar contra esos acontecimientos que han tenido lugar, y esto se haya hecho cumplidamente por el señor marques de los Castillejos, y no tengamos el deseo de prolongar estos debates, y por otra parte hayamos obtenido una explicación satisfactoria del señor ministro de la Gobernación respecto á lo que me movió á pedir la palabra, la renuncio.

El Sr. LUZURIAGA: El señor ministro de Fomento dijo en la última sesión que yo era presidente del Consejo de Instrucción pública cuando se decretó la suspensión de un catedrático de Zaragoza; pero en esto padeció una equivocación S. S., y preciso es que así conste. También ha dicho que yo era senador cuando se hizo eso, y que callé á pesar de saber lo que aquí había ocurrido. Pues bien: ni yo era presidente del Consejo de Instrucción pública entonces, ni supe una palabra de aquel hecho. Por lo demás, yo he sostenido que debe esperarse el fallo de los tribunales, porque mientras este no recaiga hay á favor del procesado la presunción de que es inocente, y que no puede haber otro regulador de la libertad de los profesores que la ley.

El Sr. MARCHESI: No es mi ánimo molestar al Senado, y en vista de lo que otros señores senadores han hecho, renuncio la palabra.

El señor marques de los CASTILLEJOS: Yo, señores senadores, tenía ánimo de contestar, hasta donde el señor presidente lo hubiera permitido, á las alusiones que el señor conde de Vistahermosa me hizo en la última sesión, en que se ocupó hasta de los gestos y movimientos de mis brazos, y otras muchas cosas que no eran del caso; pero en vista de las indicaciones del señor presidente y de lo que han hecho otros señores senadores, renuncio la palabra.

El señor conde de VISTAHERMOSA: Sin duda la distancia hizo que el señor marques de los Castillejos entendiese lo contrario de lo que yo dije, ó que yo no acertase á hacerme entender de S. S., pues yo citaba eso en su elogio, como puede ver en el Diario de las Sesiones.

El señor marques de CORVERA: El señor ministro de Fomento, al citar algún hecho de la época en que yo formé parte del ministerio presidido por el señor duque de Tetuan, ha padecido un grave error, que no consiste en otra cosa que en no recordar que yo lo hice fué secundar la acción de los tribunales, y lo de haberlo hecho así ahora han venido los conflictos. El Sr. Ruiz Pons era uno de los agitadores de Zaragoza, y publicó una proclama incendiaria que cayó bajo la jurisdicción de los tribunales, dictando auto de prisión contra su autor, y lo que yo hice entonces fué secundar su acción suspendiendo á ese catedrático, cuya cátedra tampoco podía desempeñarla, como comprenden los señores senadores; pero en el decreto se determinaba la formación del expediente gubernativo después que recayese la sentencia, que podía ser absolutoria completamente, condenatoria, ó que solamente se le absolviese de la sentencia, á fin de proceder según el resultado que ofreciese el juicio en los tribunales.

Respecto al otro profesor que se ha citado, se obró arreglándose á esa misma jurisprudencia; y como resultó después absuelto de la instancia, el ministro creyó que en este caso debía trasladar al profesor á otro punto, atendido á que el juicio quedaba abierto si en algún caso se reunían más datos, y á que por otra parte no se le había justificado el delito de que se le acusaba; y una cosa así es lo que se debiera de haber hecho en el caso presente, pues era lo más conforme á la legalidad, y evita el conflicto que puede surgir de que el fallo de los tribunales sea contrario al que resulte del expediente universitario.

El Sr. ALVAREZ: Voy á limitarme estrictamente á las rectificaciones, y siento no poder prescindir de ellas; pero el señor ministro de la Gobernación se ha quejado de que mi discurso fué violento y rudo, y sin tener esto en cuenta dijo que él solo bastaba para alentar á los rebeldes y aumentar las conmociones, y no puedo menos de rechazar esa calificación; y añado que yo me había atrevido á decir sin motivo y sin razonario siquiera que la autoridad había organizado un ofeo y una cacería de ciudadanos indefensos, sin pararse á examinar que yo no he atribuido á las autoridades ni á nadie los sucesos de aquella noche, pues me limité á describir los hechos y calificarlos después, y ese ofeo y esa cacería la encontraba yo en los desmanes que se cometieron en puntos distintos de la Puerta del Sol, en plazas y en calles adyacentes por los grupos dispersos de la fuerza veterana; y digo más, y es que si en la Puerta del Sol hubiese habido más ó menos desgracias, tal vez no hubiera pedido la palabra, porque hasta hice la concesión al Gobierno de que había habido todo lo que el Gobierno decía en ese punto, y jamás ha tenido razón el señor ministro para dirigirme esas imputaciones; y aun recuerdo que á la pregunta que se dirigió á S. S. de si temaba á su cargo la responsabilidad de esos acuchillamientos, contesté que eso se hallaba sometido al fallo de los tribunales, y que ellos decidirían, estando dispuestos á ser inexorables con los que resultasen culpables.

También habló S. S. de la firmeza con que yo hubiera procedido en un caso semejante, y á este efecto citó determinados sucesos, á lo cual debo contestarle que yo no pertenezco al ministerio del año 54 á que se dió el nombre de Ministerio metrala, ni tampoco al del año 56, cuando tuvieron lugar los acontecimientos de aquella época, pues formé parte de aquel ministerio dos ó tres semanas después; y aunque acepté toda la responsabilidad de los actos de aquel Gabinete, si hubo alguna honra ó gloria en aquellos acontecimientos, esa no me pertenece á mí.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: El Sr. Alvarez ha incurrido en la más lastimosa contradicción, pues ha dicho que entró en el ministerio en el año 56, aceptado toda la responsabilidad de sus actos; pero que si había alguna gloria en aquellos sucesos, se la dejaba á quien debiera tenerla, y es preciso que su señoría se decida, ó por aceptar la responsabilidad, ó por rechazarla; no hay otro medio.

Respecto á la calificación que ha hecho S. S. de los sucesos, no puede decir que no los ha atribuido á nadie, pues al considerarlos como un ofeo y una cacería organizada necesariamente ha dicho de un modo implícito que esa ha sido preparada; y por mucho que sea el ingenio de S. S., no podrá impedir el juicio que de su discurso pueda hacerse. Todos le habrán formado ya, igualmente que de lo que yo he manifestado. Cada uno podrá creer que le es favorable; pero de todos modos, S. S. ha hecho una calificación de los sucesos que yo rechazo en nombre del Gobierno y de los que han intervenido en ellos, porque nadie ha organizado semejante cosa, ni hay quien pueda decirlo así.

El Sr. ALVAREZ: Yo no he dicho que organizase nadie eso, sino que al lanzar la gente de los cafés y cuchillaría después en las calles, como se ha hecho por las tropas dispersas de la Guardia veterana, lo miraba yo como un ofeo y una cacería organizada.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Yo sostengo constantemente lo que acaba de decir, y además que lo primero que habría que hacer era probar esos hechos.

El señor conde de VISTAHERMOSA: Yo protesto contra esas palabras como calumniosas é injuriosas á la Guardia civil.

El Sr. ALVAREZ: Yo no he hablado en este punto de la Guardia civil, ni he inculcado á toda la Guardia veterana; y recuerdo las palabras del señor duque de Tetuan respecto á que esos desmanes cometidos por las tropas dispersas, era preciso castigarlos para lavar la mancha que había caído sobre la Guardia veterana. No soy yo, pues, el solo que ha calificado esos sucesos de una manera dura.

El señor conde de VISTAHERMOSA: El señor duque de Tetuan no ha calificado esos sucesos de ofeo ni cacería; esa calificación es propia sólo del Sr. Alvarez, y yo la rechazo como injuriosa y calumniosa.

El señor marques de los CASTILLEJOS: Señor presidente, yo había renunciado la palabra; pero si el señor conde de Vistahermosa sigue expresándose con ese calor, vuelvo á pedirla para usar de mi derecho.

El Sr. ALVAREZ: Pido que se escriban las palabras que acaba de pronunciar el señor conde de Vistahermosa; y si no se escriben, las arranco de donde estén y las arrojo sobre S. S.

El señor marques de ZORNOZA: Señor presidente, tengo pedida la palabra para una alusión personal.

El señor PRESIDENTE: S. S. no ha sido aludido.

El señor marques de ZORNOZA: Se ha aludido al marques de Zornoza, y el marques de Zornoza soy yo; y apelo al señor director de la Guardia civil para que diga si es cierto ó no que he sido aludido.

El señor PRESIDENTE: No se ha hecho ninguna alusión á S. S. El Sr. Calderon Collantes tiene la palabra.

El Sr. CALDERON COLLANTES: Señores senadores, las indicaciones del digno señor presidente, tan respetables para mí, me obligarían á renunciar la palabra ó á usar de ella tan parcamente que no defraudase los deseos que los señores senadores tienen de ver terminada esta discusión; y lo haría así seguramente si el señor ministro de la Gobernación al contestar á mi primer discurso no hubiera incurrido en inexactitudes de hecho y de concepto que no son disculpables, porque S. S. me dispensó el honor de escucharme desde el principio hasta el fin, y tengo al mismo tiempo que rectificar gravísimos errores y defenderme de gravísimas imputaciones que no pueden pasar desapercibidas; de suerte que me veo obligado á molestar la atención del Senado, aun cuando procure hacerlo con la brevedad posible.

Todos, señores, tenemos obligación de tomar los argumentos de nuestros adversarios sin tergiversarlos, y esto es lo que debía haber hecho el señor ministro de la Gobernación, en lugar de formarse un fantasma para tener el gusto de deshacerlo después, porque esto no es propio de la dignidad del Senado ni de la lealtad y buena fe que debemos guardar en los debates parlamentarios. Empezó el señor ministro de la Gobernación por contestar á un discurso mío, que por la generalidad de las gentes ha sido calificado de frío, llamándolo abogado de los motines, y suponiendo que ese discurso no tenía más objeto que hacer la apología del motín de la noche del 10; y precisamente él lo hacía un ministro de la Corona que no es siquiera senador, permitiéndose llamar abogado de motines á quien tiene asiento en este sitio. Yo rechazo esa calificación. ¿Quería el señor ministro que, funcionando los Cuerpos colegisladores, no se hablase una palabra en el Senado de unos sucesos que por espacio de tres días han tenido agitada la capital de España? ¿Quería S. S., defensor en otros tiempos de las discusiones más amplias, y que opinaba que se discutiese hasta el Trono, que no se tratase aquí de esos sucesos? Eso no podía ser.

Yo no quiero, á imitación de lo que S. S. decía en otra época respecto á que se permitiese defender ciertas tesis porque á ellas se opondría la antitesis, que se discutan los principios constitutivos del Gobierno; pero fuera de esos principios fundamentales, todos los actos del Gobierno caen bajo la jurisdicción de los Cuerpos colegisladores. El Senado español no podía menos de pedir explicaciones al Gobierno acerca de los hechos que han tenido lugar, porque otra cosa sería una abdicación que no puede hacer de su derecho; y la prueba de que había la necesidad de hacerlo así lo demuestra, si esto fuera necesario demostrarlo, la pregunta del señor marques de Molins y la interpelación del Sr. Alvarez, á que el Gobierno contestó, aunque podía haberlo aplazado en caso de haber creído que la prudencia así lo exigía; pero se contestó en el acto, y después se dejaron pasar cuatro ó cinco días sin contestar la que yo tuve el honor de dirigirle; y que si se hubiera contestado entonces, esta discusión habría ya terminado, y no habría para qué dirigirme esas imputaciones que se nos han hecho.

Si el señor ministro de la Gobernación leyera desapasionadamente mi discurso, no encontraría seguramente en él ni una sola palabra que disculpe los desmanes, pues nosotros no decimos que no deben reprimirse los desmanes, sino que lo que sostenemos es que la represión debe hacerse tomando por medida la necesidad, que es la justicia en esos casos; y lo que hemos combatido ha sido el que haya provocado esos conflictos con su imprevisión y vacilaciones, y porque los ataques no se habían ajustado á la medida de la necesidad, pues se habían ordenado ataques allí donde no había habido agresión; y esto, que podíamos decirlo ya días pasados, hoy se puede afirmar mucho mejor, porque á la pregunta del señor duque de Tetuan acerca de si el Gobierno aceptaba la responsabilidad de todo lo que se había hecho, el señor ministro de la Gobernación dijo que de todo lo que se había ejecutado con arreglo á las instrucciones del Gobierno respondía; pero que de lo que se hubiera hecho fuera de ellas, resolverían los tribunales.

Y preciso es que S. S. tenga entendido que antes de que resuelvan los tribunales debe manifestar si el Gobierno aprueba ó no esos actos, porque precisamente la culpabilidad depende de lo que apruebe ó no, porque si los aprueba ya no hay responsabilidad para los que los han ejecutado, y solamente después de desaprobados es cuando los tribunales pueden entender en ellos.

Decía el Sr. Gonzalez Brabo que yo había querido justificar la asonada con la destitución del rector de la Universidad, y esto no es exacto: yo me ocupé de la

separación del Sr. Montalban al hacer la historia de los sucesos desde su origen; yo condeno el motín ocurrido, como condeno cualquier conato para perturbar el orden público, si bien no lo entiendo como el señor ministro ha indicado, ni tampoco como su señoría lo entendió en otros tiempos. Al examinar los acontecimientos, dije que no tenían ejemplar en ningún país civilizado, lo cual sostengo; y añadiré que si no citó la fecha del 2 de Mayo, fué porque la comparación no resultaría en descrédito del Gobierno español, pues en 1808 se hicieron advertencias al pueblo para que las gentes pacíficas se retiraran, cosa que igualmente se verificó en Polonia por los rusos y en Milan por los austriacos, publicándose siempre bandos antes de reprimir la insurrección por los motines. No obró así el actual ministerio, y con su conducta ha producido una verdadera perturbación moral del orden público, y si no justifico la perturbación de los que están obligados á obedecer las leyes, es todavía menos disculpable la de los que están obligados á hacerlas cumplir, á observarlas, pues cuanto mayor es el número de los deberes que se infrigen, tanto más punible es la acción.

El señor ministro de Fomento, que incurrió en casi tantas inexactitudes como palabras, comparó lo que se ha hecho con el Sr. Castelar con lo que en tiempo de la Unión liberal se efectuó con el Sr. Ruiz Pons. Señores, los casos no son iguales, sino opuestos: el Sr. Ruiz Pons estaba procesado por delitos comunes ó que se seguían por la jurisdicción común; dióse contra él auto de prisión, y después de reducido á la cárcel fué puesto en libertad bajo fianza; pero habiéndose vuelto á dar auto de prisión, el catedrático á que me refiero se marchó de España. De manera que el Gobierno no se paró de su cátedra al Sr. Ruiz Pons, sino que declaró esta vacante porque lo estaba de hecho. Ahora bien: ¿el Sr. Castelar estaba reducido á prisión ó imposibilitado materialmente de desempeñar la enseñanza? No; y la prueba es que la noticia de su suspensión la tuvo al ir á entrar en su cátedra, que continuaba regentando. Tampoco al Sr. Ruiz Pons se le formó expediente universitario como al Sr. Castelar, violándose un principio de eterna justicia, según el que á nadie se le puede perseguir dos veces por un mismo delito, y faltándose igualmente al reglamento de Instrucción pública, supuesto que ese expediente no puede entablarse sino por faltas cometidas en la cátedra ó por la conducta moral del profesor.

También respecto al Sr. Montalban se ha equivocado el señor ministro de Fomento, pues no es cierto que tuviera pedida su jubilación, sino que solamente había hecho indicaciones; pero cuando vió que se le quería exigir forzadamente, entonces su dignidad rebelada le hizo considerar como una ofensa lo que antes se miraba como un favor. Por lo demás, el Sr. Montalban, como me dice en una carta que me ha dirigido, ha sentido esta especie de evidencia en que contra su voluntad se le ha colocado, añadiendo por cierto que es igualmente inexacta otra aseveración del señor ministro de Fomento cuando dijo que el ex-rector de la Universidad había formado parte de la mayoría del Consejo de Instrucción pública, cuyo dictamen aseguró que había firmado.

Ahora voy á hacerme cargo de los sucesos de la noche del 10, y para que la contestación sea más precisa, voy á precisar mis acusaciones.

Que no se hizo ninguna advertencia al pueblo por medio de bando ó de otro modo legal. Este es el cargo. ¿Y qué ha contestado á él el señor ministro de la Gobernación? Que la pragmática de Carlos III no existe, y que tampoco había habido tiempo para publicar bando alguno. Esto último no puede ser cierto, tratándose de sucesos que duraron tres días; y en cuanto á la pragmática, reconozco que no está vigente, y así lo declaró cuando hablaba. Pero S. S. dice además que el delito cometido por los revoltosos es el comprendido en el art. 189 del Código, y que, por lo tanto, no había necesidad de bando alguno. Señores, ese artículo y los siguientes fueron adicionados al Código penal á consecuencia de cierta ocurrencia habida entre el actual presidente del Consejo y un Sr. Diaz Martínez, quien faltó al respeto que se merece al señor duque de Valencia; de manera que ese artículo trata de una violencia ó atentado que se cometa contra las personas constituidas en autoridad, aisladamente y sin alzamiento público, en cuyo caso es imposible que haya intimidación de ninguna clase.

Por consiguiente el Gobierno faltó, no sólo á la pragmática de Carlos III que citó como una colección de máximas muy buenas en materias de gobierno y de orden público, sino al Código penal y hasta la ley de 17 de Abril, á la cual, sin embargo, se ha mandado arreglar el procedimiento contra los presos, mientras que no se ha observado en lo que tiene de protectora para las gentes que involuntariamente puedan verse comprometidas en un desorden.

Luego el Sr. Gonzalez Brabo dijo una cosa grave, y que aún siendo cierta no debía haber indicado aquí. S. S. aseguró que se habían dado gritos dirigidos expresamente contra la augusta persona que ocupó el Trono. Esto no es cierto... (El señor ministro de la Gobernación: Es verdad, los he oído yo mismo.) (Murmullos; agitación.) Estaba preparado para esto. Pues bien: que S. S. lo haya oído no prueba que los verdaderos amotinados dieran esos gritos. Pues qué, ¿así acaso la primera vez que en tales momentos se mezclan á la multitud personas de cierta especie para dar á aquella y á sus manifestaciones un carácter que no es el suyo propio? Pues qué, ¿en la época constitucional del 20 al 23 no se vió insultar muchas veces al Rey personas que no serían más que agentes pagados por los enemigos de la libertad? ¿No recordáis la historia del célebre Regato y la de cierto periódico que no quiero nombrar?

Pues esto mismo ha podido suceder ahora. Yo niego que ese motín tuviese carácter alguno anti-monárquico; y lo que digo es que aunque hubiera oído las voces á que se refiere el señor ministro, no las hubiera repetido aquí, siguiendo una conducta más patriótica y digna que S. S., é imitando la de algunas naciones, en cuyos Códigos no se ponen siquiera ciertos delitos para que no se crea que hay alguien capaz de cometerlos. Pero después de todo, la prueba de que no era el carácter de la manifestación como se ha indicado, es que á la misma hora en que se supone que se daban gritos contra la persona que ocupa el Trono, se decía recorria los barrios más populosos de la corte, donde se cree que ciertas ideas tienen mayor número de adeptos, recibiendo testimonios del profundísimo respeto y amor que inspira á sus súbditos.

Señores, monárquico por convicción y por instinto, creo que la conducta de los hombres verdaderamente monárquicos, debe ser amar y respetar

Ayuntamiento de Madrid

mucho la institución, pero hablar de ella lo menos posible.

El señor ministro de la Gobernación comparó los sucesos de la noche del 10 nada menos que con la gran revolución de Francia bajo la presidencia del general Cavaignac. ¿Cómo S. S. parangona acontecimientos tan terribles con los verdaderamente mezquinos de que tratamos? En París se batía un ejército contra otro para defender y atacar respectivamente, no tal ó cual acto del Gobierno, sino los fundamentos de la sociedad, siendo el lema de los revolucionarios *Pan ó plomo; vencidos, el incendio; vencedores, el saqueo*. ¿Hay algo que se parezca á esto en los sucesos de la noche del 10? ¿No recuerda el señor ministro al heroico sacrificio que hizo de su vida el Arzobispo de la diócesis al querer llevar palabras de concordia y de conciliación á los combatientes? ¿Y cree S. S. que si á los amotinados del 10 se hubiera presentado, no una persona como monseñor Affre, sino simplemente un teniente alcaide, no se habrían disueltos? Véase, pues, cuán ridículamente injustificada es la comparación del señor ministro.

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Calderón Collantes, está V. S. en su derecho usando de la palabra, como lo hace; pero atendiendo al ejemplo dado por otros oradores y á la necesidad de que concluya el debate, ruego á V. S. que condense su discurso todo lo posible.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Aunque como el señor presidente he reconocido yo puedo pronunciar un nuevo discurso de contestación, haré por concretarme á fin de terminar en breve.

Impugnó yo la veracidad de los partes oficiales diciendo que la autoridad había podido incurrir en inexactitudes, y hoy esto es una cosa averiguada respecto algunos puntos.

Asegúrase en ellos que el motivo de la represión había sido un trabucazo disparado desde una casa de la calle Mayor.

Pues bien: los periódicos han traído un comunicado de la junta directiva del *Círculo mercantil*, establecida en la casa á que se alude, en que, apelando al testimonio de varias personas, entre ellas un senador electo y un diputado de la mayoría, se declara que no hubo semejante disparo. Igualmente ha quedado desmentida la afirmación relativa á una descarga hecha por los amotinados desde el callejón de Gitanos, puesto que ni ha resultado guardia ni soldado alguno herido, ni aparecen las balas en las casas de enfrente, como tenía que haber sucedido, toda vez que la calle no tiene más que tres ó cuatro metros de anchura.

Pero lo cierto es que, á pesar de haber reclamado yo los partes originales desde el primer día y de haber prometido el señor ministro traerlos, todavía no se han presentado. ¿Y por qué este misterio? No quiero atribuirlo á alguna de las causas que recordaron la publicación de los que aparecieron en la *Gaceta*; sin embargo, esto se presta á inducciones desfavorables.

Peró, señores, podría resumir los sucesos del 8 y 18 y la verdad de lo ocurrido, en una sencilla y tremenda frase: 171 heridos y 10 muertos han resultado hasta ahora, ó sea 181 víctimas, en frente de las que no se puede presentar un herido entre los defensores del Gobierno. ¿Hay proporción entre la agresión y la represión?

Y hay más; y es que la mayor parte de las heridas son en la espalda, lo cual demuestra el ataque de que fueron objeto en su fuga los que las recibieron, y que no hubo lucha. Y á propósito de esto, no quiero pasar en silencio un especie de mentis que se supone me han dado los señores marques de Molins y duque de Veragua.

Yo acepto lo que SS. SS. han manifestado, pues de lo que expuso el Sr. marques de Molins se deduce cuando menos que en las calles próximas á la Puerta del Sol, en los momentos críticos de los sucesos, apenas había dos personas reunidas, así como también que S. S. fué cargado por los guardias no obstante su actitud pacífica é inofensiva: en cuanto al señor duque de Veragua ya tenía yo noticia de lo que le había ocurrido por uno de los que le acompañaban aquella noche, y desde luego puedo decir que S. S. no debía caminar con tanta tranquilidad, ni ser tratado con tanta urbanidad como nos manifestó, cuando tuvo que ampararse en un sitio que no se lea frecuentar las gentes como S. S., y ser protegido por un personaje muy nombrado, aunque tampoco pertenece á la clase del señor duque de Veragua. Ni una ni otra cosa creo que hubieran sucedido si las cosas hubieran pasado tan pacíficamente como nos refieren.

El señor PRESIDENTE: Ruego á V. S. que tenga en cuenta que no veo en su puesto al señor duque de Veragua.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Creí que se hallaba en el salón; pero de todos modos, no ofendo á S. S. al contestar á lo que dijo sin poner en duda la veracidad de sus palabras.

Otra inculpación que me hizo el señor ministro de la Gobernación es de haber referido secretos de una causa que está en sumario. No es exacto; pues lo que yo dije lo ha podido ver S. S. en los periódicos que se publican en Madrid. Después S. S., contestando á una observación mía, se contentó con declarar, desentendiéndose de mi argumento, bajo la apariencia de defensa de los principios de autoridad y de orden.

Sostiene ya que cuando un Gobierno ha tenido la desgracia de derramar la sangre de ciudadanos inofensivos, atrayendo sobre sí la odiosidad pública, debe retirarse del poder; y en apoyo de esta doctrina citó el ejemplo de Víctor Manuel después de los acontecimientos de Octubre último en Turin, debiendo recordar ahora otro hecho análogo ocurrido en Bélgica.

El Gobierno tenía mayoría en ambas Cámaras cuando tuvieron lugar conflictos parecidos á los de esta corte, y aquel gran Soberano dijo á sus ministros: «Es verdad que tenéis mayoría en los Cuerpos colegisladores; mas como creo que esa mayoría no representa ahora el sentimiento político del país, conviene que me presentéis vuestras dimisiones.»

Y así fue como la prudencia y sabiduría del Rey Leopoldo salvó de grandes desgracias á la pacífica Bélgica. Y así es como ha de entenderse el principio de autoridad, sin confundir el orden público con el ministerio, sin confundir la necesidad de gobernar con arreglo á la opinión pública, necesidad constante y permanente, con la cuestión personal de los ministros. Las indicaciones del señor ministro de la Gobernación son un ataque á las instituciones que nos rigen, pues conducen á suprimir las oposiciones, lo cual equivaldría á suprimir el Parlamento.

El señor PRESIDENTE: Señor senador, siendo pa-

sadas las horas de reglamento, se va á preguntar al Senado si se prorogará la sesión.

El Sr. CALONGE: Pido la palabra para una cuestión de orden.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Estoy en el uso de la palabra, y nadie puede interrumpirme.

El señor PRESIDENTE: Se va á preguntar al Senado si continuará la sesión, y sobre esta pregunta tiene la palabra el Sr. Calonge.

El Sr. CALONGE: Una muy ligera observación. Veo que el ejemplo dado por mí y por otros señores no ha sido imitado por el Sr. Calderón Collantes, quien ha hablado extensamente; y á fin de remediar los inconvenientes de tan prolongado debate, hagámos algo, señores por los que en Santo Domingo mueren, y declárenos en sesión permanente hasta que el asunto quede concluido. (Varios señores senadores piden la palabra.)

El señor duque de TETUAN: Prescindiendo de si la propuesta del Sr. Calonge ha sido un ataque á la libertad de la discusión... (Interrupciones.)

El Sr. PRESIDENTE: Siga V. S.

El señor duque de TETUAN: Pero lo que debo declarar es que los individuos de la oposición que hemos sostenido esos debates no somos responsables de la sangre que se está derramando en Santo Domingo.

Pues qué, ¿es culpa de la oposición que no haya venido aquí ese proyecto de ley hasta ahora desde el mes de Enero, en que se presentó en la otra Cámara? Pues qué, ¿no tiene un Gobierno influencia sobre la mayoría para acelerar la discusión de aquellos asuntos que considere urgentes? ¿Hemos puesto nosotros, en las sesiones á que pertenecemos, algun obstáculo al examen del abandono de Santo Domingo? Si ha venido una cuestión incidental, no ha sido por culpa de la oposición. Yo no hago responsable á nadie de que no se haya resuelto aún la cuestión de Santo Domingo; pero tengo el derecho de defenderme y de defender á mis amigos de una acusación injusta.

(El señor marques del Duero dejó la silla de la presidencia.)

El Sr. IRIARTE: Pido que se lea el art. 83 del reglamento.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Tampoco voy yo á culpar á nadie; pero sí á protestar contra las palabras del señor duque de Tetuan. Si señoría debía haberse limitado á defenderse sin hacer culpable al Gobierno de la tardanza en discutir el proyecto de ley de abandono de Santo Domingo. El ministerio, que presentó ese proyecto entre los primeros á las Cortes, ha inducido todo lo posible para acelerar su discusión; pero no es culpa suya que los debates se hayan prolongado por las oposiciones hasta el punto de que en la otra Cámara tuvo que pronunciar el señor ministro de Hacienda seis discursos para llegar á una votación.

Aquí mismo ha habido una interpelación sobre sucesos graves que todos deploramos; pero una interpelación tiene sus límites, y sin embargo, el Senado ha visto cómo han hecho uso los señores que han hablado del derecho que les otorga el reglamento.

¿Tiene la culpa el Gobierno de que á pesar de haber abierto las Cortes en tiempo oportuno no se haya hecho todavía más que una ley, merced á los obstáculos que en uso de su derecho, que no les niego, han opuesto á la marcha de los debates los señores de la oposición? El señor duque de Tetuan, pues, no ha tenido razón para acriminar al Gobierno como lo ha hecho.

(Se leyó el art. 83 del reglamento.)

El Sr. IRIARTE: Conforme á ese artículo, no debía haberse concedido la palabra al Sr. Calonge, y se hubiera evitado el incidente en que nos encontramos.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Pido que se me deje continuar mi discurso interrumpido.

El Sr. EGANA: Pido que antes se pregunte al Senado si se proroga ó no la sesión, sobre lo cual tiene derecho á rectificar el Sr. Calonge. (Fuertes murmullos.)

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Orden, orden. Tiene la palabra el señor marques del Duero.

El señor marques del DUERO: El Senado habrá oído con asombro la cuestión lanzada por el señor duque de Tetuan, el amigo mío de tantos años, contra el hombre que le apoyó lealmente sin necesidad de su señoría para nada. (Murmullos.) Tengo derecho á que se me oiga.

El Sr. CANTERO: Pido que se observe el reglamento.

El señor marques del DUERO: No me interrumpa V. S.

Digo, señores, que la acusación más grave que se me podía dirigir me la ha dirigido un amigo mío de mucho tiempo.

El señor marques del Duero en aquel sitio ha sido intolerante, y voy á explicar al señor duque de Tetuan el reglamento, puesto que parece haberlo olvidado, exponiendo al propio tiempo lo que ha ocurrido.

Habiendo pasado las horas de reglamento, suspendí el debate para preguntar á la Cámara si se prorogaba la sesión; á cuyo tiempo, y con motivo de la pregunta, pidió la palabra con perfecto derecho el señor Calonge, á quien se le concedió para una cuestión incidental; de manera que el Sr. Calderón Collantes no ha sido interrumpido, porque no se hallaba en el uso de la palabra. Por lo demás, pudiera ser que yo me hubiera equivocado en la interpretación del reglamento, á pesar de que debo conocerlo. Pero, ¿quiero ahogar yo la discusión? Señor duque de Tetuan, tan liberal como S. S., y más antiguo que S. S., no puede ser objeto de semejante censura; así como tampoco, señores senadores, volver á ese puesto (la presidencia), sin que el señor duque de Tetuan explique sus palabras ó el Senado falle sobre este asunto.

El señor duque de TETUAN: S. S. ha padecido una equivocación. Yo he dicho que salvaba completamente las intenciones; y cuando dije que el manifestar que era preciso abreviar esta discusión porque cada hora que pasaba moría un hombre en Santo Domingo era ejercer una especie de presión en este debate, añadí que salvaba las intenciones, como he dicho, y S. S. me conoce bastante bien, y sabe que yo nunca dejé de sostener lo que he dicho. Somos amigos muy antiguos, y yo no buscaría esta ocasión para romper la amistad. Yo no he acusado á nadie; la acusación nos ha venido del ministerio; todos han oído lo que he dicho el señor Calonge, y seguramente no es culpa nuestra de que en el tiempo que llevamos de sesiones no se haya discutido esa cuestión.

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Se va á leer un artículo del reglamento.

El Sr. SECRETARIO (Sevilla): (Leyendo.) «ART. 34.

La duración ordinaria de las sesiones será de tres horas, si el Senado no las proroga.

El Presidente, sin embargo, podrá cerrarla cuando lo juzgue conveniente.»

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): En virtud de lo que previene el artículo que se acaba de leer, se va á preguntar al Senado si se proroga la sesión.

Hecha la pregunta, se resolvió afirmativamente.

El señor marques del DUERO: La explicación dada por el señor duque de Tetuan corresponde á la nobleza de su carácter y á la antigua amistad no interrumpida entre nosotros, y que espero no se interrumpirá nunca.

El Sr. CALONGE: Pido la palabra para rectificar.

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Determinado por el Senado que se prorogue la sesión, y terminado este incidente, continuará en el uso de la palabra el Sr. Calderón Collantes.

El Sr. CALONGE: He pedido la palabra para una rectificación que tengo que hacer á lo manifestado por el señor duque de Tetuan.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Luego la tendrá V. S.; ahora la tiene el Sr. Calderón Collantes.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Señores, ha sido tan desgraciado el Sr. Calonge en la petición que ha hecho, que sin eso ya hubiera yo terminado mi discurso. Yo señores, no he tenido el ánimo de dilatar este debate, y mucho menos la intención de que no se entienda á tratar de otros asuntos.

Yo no he usado más que dos veces de la palabra: la primera y esta, sin que la haya pedido ni una sola vez, ni para rectificar ni para alusiones; de modo que no puede hacerse el cargo de dilatar el término de esta discusión; quien ha contribuido á ello es el señor ministro de la Gobernación, que ha pronunciado ocho discursos, y que si se hubiera limitado á sólo dos ó tres que bastaban para contestar á todos los que han usado de la palabra, nos hubiéramos evitado dos días de discusión de los cinco que llevamos.

Volviendo ahora á una inculpación que me ha hecho el señor ministro de la Gobernación, relativamente á las mayorías y minorías parlamentarias, aunque la teoría que yo he sostenido no puede ser desconocida por nadie, voy á robustecerla con la autoridad misma de S. S., que hablando de casos parecidos á este durante el ministerio presidido por el señor duque de Tetuan, citaba la contestación que dió Sr. Roberto Peel cuando en 1848 le dieron la noticia de los sucesos de Francia, que fué el decir que no le asombraba M. Guizot, pues había sido un grande hombre de Estado; pero había perdido de vista que las mayorías legales no son siempre las de la nación. No he dicho yo, pues, tanto como el Sr. González Brabo: tal vez quisiera ahora S. S. poder borrar esas palabras que están consignadas en los *Diarios de Sesiones*.

Por lo que hace á la conducta que observó S. S. respecto del ministerio cuando tuvieron lugar los sucesos de San Carlos de la Rápita y los de Loja, no puedo decir otra cosa sino que S. S. combatió al Gobierno con la mayor dureza: cuando los sucesos ocurrieron estaban cerradas las Cortes; pero tan pronto como se pudieron tratar esas cuestiones, hizo S. S. las calificaciones más duras, combatiendo rudemente al Gobierno, en lugar de estar á su lado como nos decía, y ahora viene haciéndonos cargos porque combatimos sus actos; y eso que no lo hacemos de esa manera tan vehemente como S. S. lo hace entonces.

El Senado oyó con cierto asombro decir al Sr. González Brabo que el principio de autoridad dependía de la conveniencia, en cuyo nombre olvidó S. S. que se pueden cometer todos los crímenes, y que de esa manera el Gobierno se hace juez de su propia causa. Sin duda al decir esto recordaba S. S. aquella escuela que proclamaba como fuente de todo derecho la utilidad, y sin duda se dijo S. S.: la utilidad y la conveniencia son cosas parecidas; y así como esa escuela la adoptó ese principio, puedo yo adoptar el de la conveniencia. No reparó S. S. que esa escuela ha caído ya, sin perjuicio de que aunque así no fuera, nunca justificaría lo que S. S. ha dicho, porque difiere mucho del principio adoptado por esa escuela. El principio de autoridad, señores, no puede separarse de la ley sin que desaparezca una cosa y otra.

Voy á terminar por mi parte esta cuestión, diciendo al Gobierno que examine si tiene el asentimiento de la opinión, sin lo cual no puede gobernar, y que dirija la vista en derredor suyo y vea la disposición en que se encuentran las autoridades populares y el profesorado, habiendo tenido que cerrarse alguna cátedra por no haber quien la explique, diciendo á los alumnos que estudien la asignatura privadamente; y eso, señores, no se ha hecho desde Calomarde acá.

S. S. debe tener presente que cuando ocurren sucesos tan graves como los que aquí han tenido lugar, los Gobiernos pierden la fuerza moral que necesitan para gobernar; y si apela á la fuerza material, no puede menos de venir el desorden, pues si abrimos la historia veremos que las revoluciones siempre han sido traídas por los que en nombre del principio de autoridad han cometido grandes abusos, como lo demuestra el ejemplo de Carlos X y otros muchos: así que yo creo de necesidad absoluta el que el actual Gabinete deje el mando á otro que pueda reemplazarle con mejor éxito aún dentro de los principios del mismo partido moderado, pero que no esté abrumado bajo el peso de los acontecimientos de la noche del 10 de Abril.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No sé cómo empezar á contestar al Sr. Calderón Collantes, porque S. S. me ha dado tales lecciones y ha recordado tales cosas, que bajo el peso de tantas advertencias no encuentro ni palabra ni idea con que contestar á S. S., y me ha dicho una cosa sumamente grave, pues me ha dirigido un cargo porque me he permitido juzgar de su discurso no siendo senador, sino solamente ministro de la Corona; y yo creo que por el derecho que me da la Constitución podía hacer esa calificación de la misma manera que se puede juzgar de los discursos que pronuncian los ministros. Se queja S. S. de que yo dijese que su discurso era una apología del motín, y yo dije esto y lo sostengo, no porque S. S. pronunciase el elogio material de la rebelión, sino porque no habiendo otra cosa que censurar para los actos del Gobierno, y ninguna condenación para los de los amotinados, veía á hacerse la defensa de estos.

S. S. ha hablado diferentes veces de las opiniones que he manifestado en el curso de estos debates; y para que nada falte me ha hecho en cara que he pronunciado ocho discursos, sin hacerse cargo que no he estado en mi mano evitar que los que han tomado la

palabra para alusiones personales hayan pronunciado verdaderos discursos, tomando por tema lo que su señoría ha manifestado al explicar su interpección, á no ser que quisiera S. S. que el Gobierno oyera todos los discursos y los dejara pasar sin contar acion. El Gobierno ha dado pruebas de que quiere la discusión; pero no es á nosotros á quienes puede culparse de que la alargamos, sino á los que han tomado la palabra para repetir una y otra vez las mismas afirmaciones refutadas ya hasta la saciedad; en lugar de que observándose los trámites del reglamento estrictamente, se hubiera hecho la explicación de esa interpección respondiendo el Gobierno y pudiendo contestar el interpeccionado, reduciéndose á sus justos límites las alusiones y rectificaciones.

Después de esto, el Sr. Calderón Collantes ha querido encontrar un anatema general lanzado contra el Gobierno, no por el Senado ni el Congreso, sino por el ayuntamiento de Madrid, las diputaciones provinciales y algunos profesores de la Universidad; de modo que ya saben los señores senadores á dónde hay que ir á buscar el criterio para juzgar al Gobierno; y aquí viene bien decir sobre lo que S. S. ha indicado respecto á las mayorías y minorías, de lo que yo ciertamente no me ocupé en mi discurso, sino que lo hizo S. S., que manifestó se autorizaría con mis palabras; y en efecto, así ha querido hacerlo hoy; y me alegro que S. S. lo haya hecho así, pues de este modo podrá decirse que en efecto es una doctrina perfectamente constitucional el que puede suceder que haya una opinión en el país y otra en la Cámara; pero mientras en las Cámaras exista una mayoría que dé fuerza al Gobierno, y el Monarca no perciba esa diferencia entre una y otra mayoría, nada puede hacerse ni decirse contra las mayorías de los Cuerpos colegisladores, y mucho menos ir á buscar la opinión en las corporaciones que S. S. ha indicado.

Decía S. S. que imitásemos el ejemplo de otros países, sin tener presente que en los citados como ejemplo por S. S., los Monarcas han sido los que han pedido la dimisión á los ministros; de modo que no tenemos ningún ejemplo que imitar. Esa teoría pasa por encima de nosotros y va á otra parte, y siento tener que decirlo así á S. S.

También ha hablado el Sr. Calderón Collantes del principio de autoridad, y me ha atribuido en este punto cosas que no he dicho. Por lo demás, bien sabido es lo que S. S. ha dicho de la escuela utilitaria y lo que ha sido de ella; y yo entraré yo ahora á tratar esta cuestión por no prolongar el debate, basando con decir que yo he basado el principio de autoridad en la ley como la expresión de la justicia, y algunas veces en la conveniencia pública.

Peró el Sr. Calderón Collantes ha desmentido dos aseveraciones serias. Dijo yo que había estado al lado del Gobierno cuando los sucesos de San Carlos de la Rápita y Loja, á lo que S. S. ha contestado que no es exacto, porque entonces estaba cerrado el Parlamento. Es verdad; pero también la es que en una reunión de los diputados de la mayoría, á que asistí también, sin embargo, la oposición, se acordó ir á Palacio á ofrecer todo nuestro apoyo á los ministros que se hallaban en el poder, y así lo verificamos todos. Luego se abrieron las Cortes, y la oposición estuvo en su derecho al juzgar la política en general del Gabinete.

Vengamos á la ley de 17 de Abril. Extraña el señor Calderón Collantes que no se haya cumplido, lo cual yo no comprendo, pues esa ley tiene una aplicación diferente, y hay que publicarla antes. Peró añado su señoría que con arreglo á ella se han mandado seguir los procedimientos, y en esto ha padecido S. S. otra equivocación, porque el Gobierno no influye en la marcha de los tribunales, ni puede marcarles el procedimiento á que se han de atener. Pero vamos á los bandos: ¿en qué ley entretenga S. S. que el Gobierno tuviera la obligación de publicar bando alguno? Nosotros hemos sostenido que el delito que se persigue está comprendido en el art. 189 del Código penal, y aunque ese artículo tenga la historia secreta que nos ha expuesto S. S., como ha de entenderse es con arreglo á lo que en él se dice; además, en este punto el Sr. Calderón Collantes no ha dicho todo lo que debía, porque ese artículo, después del párrafo que S. S. leyó, tiene otro que dice así: (Se leyó.)

De manera que no es necesario alzamiento público, y creo que el Senado habrá comprendido que en este segundo párrafo está la explicación de la conducta del Gobierno, si ya no la constituyeran bastando por sí el número, la insistencia y los antecedentes de las intimaciones hechas.

Respecto al número de víctimas en los sucesos ocurridos, S. S. lo sabe sin duda como es menester saberlo para afirmarlo en este sitio. Pues yo no lo sé de igual modo, y creo que en este punto no debe sostenerse nada terminantemente sin que pueda demostrarse. Luego declaró S. S. falsos dos hechos que se citan en los partes: uno respecto al disparo dirigido desde una casa de la calle Mayor, y el otro el de una descarga cerrada en otra parte.

En cuanto al primero, los señores senadores comprenderán que nada tiene de extraño que una tropa que marcha de prisas no pueda hacerse cargo precisamente del número de una casa desde donde la hacen un disparo; y en cuanto al segundo, podría contestar al Sr. Calderón Collantes muchas cosas; pero me limito á regarle que el celo que manifestaba para buscar falsedades en los partes de la autoridad, le emplee en libertarse de otra clase de exageraciones en sentido contrario. Por lo demás, los partes originales que su señoría ha pedido y que yo ofrecí mandar en copia, copiados están; y si S. S. quiere, esta misma noche se los remitiré á su casa, si bien declaro que esa remisión es puramente por mi parte un exceso de deferencia hacia los Cuerpos colegisladores y al señor senador á quien contesto.

El Sr. Calderón Collantes ha comparado los sucesos de la noche del 10 con los del 2 de Mayo, y ha resuelto en favor de Murat la ventaja en el parangón de su conducta con la del Gobierno. Señores, cuando se llega á este género de exageraciones, ¿qué se puede decir? ¿Comparar la conducta de un invasor cruel y astuto con la de un Gobierno constituido, y contra el que no puede haber más legítima resistencia que la autorizada por las leyes?

También ha declamado S. S. acerca de haberse cerrado algunas cátedras de la Universidad. Esto no ha durado más que un día, mientras se han admitido las dimisiones de algunos profesores: son pocos, cinco; pero que fueran muchos ó que fuera uno solo, lo que hay que examinar es si tenía razón, si se asiste derecho para la quema que manifestaban. Esto es lo que el Sr. Calderón Collantes debe decirnos.

Señores, la hora es ya muy avanzada; el Senado es-

tá muy fatigado, y á mi juicio también la opinión formada, de manera que no necesito prolongar más mi discurso, y sólo voy á ocuparme ligeramente de un punto tocado por el Sr. Calderón Collantes con cierta insistencia. A propósito de algunos gritos dados en las calles, S. S. ha dicho que los amotinados no eran partidarios de lo que esos gritos podían significar. No basta la prueba que S. S. ha traído; en aquellos momentos las agrupaciones, el bullicio podían no tener más que el carácter que marca el art. 189 del Código en su párrafo segundo; pero yo dije en otra ocasión que de alguna manera se empezaban las cosas.

S. S. nos ha hablado de los que en otra parte pedían pan ó plomo. ¡Oh, señores! ¿Qué cree S. S. que hubiera sucedido aquí si no se hubiera reprimido los sucesos de la noche del 10? Nada. ¿Verdad? Eso va en apreciaciones. Ciertamente que aquí no hay motivo alguno de temores; aquí no hay partidos que acudieran á todo género de subversiones; aquí se escribe como si se escribieran los comentarios de los mandamientos de la ley de Dios; aquí no hay quien ataque de una manera poco encubierta altos objetos; aquí no sucede nada; aquí no hay nada que temer. Señores, ¿es esto serio y formal?

Lo que yo comprendería que el Sr. Calderón Collantes hubiese dicho es que aquí hay elementos de grande resistencia; que aquí se ganará siempre la batalla; que aquí la Monarquía tiene una fuerza indestructible; que aquí la Reina, después de todo, es el símbolo de los grandes progresos que la nación ha realizado. Diciendo esto tendría S. S. razón; pero no cuando asegura que no hay ataques y facciosos que aprovecharán la primera ocasión para lanzarse á la calle y ejecutar uno de esos actos que dejan mucho tiempo descontentada la sociedad.

Y, señores, la bacanal sería horrible, por más que después del país, volviendo sobre sí, llamara á esos restos de la Monarquía y la dinastía, reconstruyendo bajo ese sólo los elementos políticos y sociales un momento perturbados. Pero entre tanto despreciar las primeras oleadas me parece un sueño de fatal desquite.

He contestado á los principales argumentos del señor Calderón; y siendo este el octavo ó el noveno discurso que he pronunciado en este debate, no es mucho que también me encuentre un poco fatigado; y como además después de esta primera parte de la cuestión, que no ha sido aquí floja, ha de renovarse luego en otra parte, en que no lo será menos, algo he de reservarme para los que allí hayan de atacarnos.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES: Dos palabras. Yo no examino ni censuro otros actos que los políticos y administrativos á los ministros; pero si no dirijo mis ataques más arriba ni más abajo, tampoco siendo ministro buscaría otro escudo para ampararme que mi propia conciencia y la justicia de mis actos.

En cuanto á las dimisiones exigidas á sus ministros por el Rey Víctor Manuel y por el sabio y prudente Leopoldo de Bélgica, debo decir al Sr. González Brabo que aquellos estaban resueltos á presentarlas, conociendo que después de aquellas hondas perturbaciones no conservaban el apoyo de la opinión, sin la cual no puede gobernarse, ni la fuerza moral necesaria; más como su retirada era tan popular en el país; como estaba tan reclamada, quisieron que la popularidad de la media reflejase sobre la altísima institución del Trono antes que en los mismos ministros.

Así obran los Gobiernos leales, porque importa mucho más que el Soberano esté rodeado de gran prestigio y popularidad que no que la obediencia sus ministerios siempre transitorios.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Renuncio á rectificar.

El Sr. CALONGE: El señor duque de Tetuan ha incurrido en una grave equivocación, para la que sólo el ruido que había entonces en el salón ha podido dar el motivo. Yo no atribuí á la Unión liberal ni á nadie las víctimas que están cayendo en Santo Domingo, sino que me dirigí al Senado para que hicieramos lo posible á fin de llegar pronto á la discusión del proyecto de ley sobre este asunto. Tampoco he tenido la culpa, según ha indicado el señor Calderón Collantes, de la prolongación de este debate y el discurso de S. S., pues yo hago juez al Senado que diga si la facundia de S. S. es cosa que puede atajarse fácilmente.

El señor PRESIDENTE: Queda terminado este asunto.

Orden del día para mañana: discusión del dictamen relativo al proyecto de ley derogando el Real decreto por el cual se declaró reincorporado á la Monarquía el territorio de la república dominicana.

Se levanta la sesión.

Eran las siete.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Marcos, Evangelista, y San Aniano, Obispo.—Letanías.

SANTOS DE MAÑANA. San Cleto y San Marcelino, Papas y mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia de Monjas de Don Juan de Alarcón, donde principia la novena de la Beata María Ana de Jesús: á las diez será la Misa mayor con sermón, que predicará D. Angel Gréño, y por la tarde á las cinco y media se rezará la estación, rosario, completas y reserva.

Continúa la novena de la Virgen del Amparo y Buena Muerte en San Luis, y predicará en la Misa mayor D. Ramon Delgado, y en los ejercicios de la tarde D. Cipriano Tornós.

En Santo Tomás se hará el aniversario por los difuntos de la Archicofradía de las Cuarenta Horas, y será la oración fúnebre D. Raimundo Carrillo.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora del Buen Parto, en San Luis ó en San Sebastián.

Se reza de la Traslación de Santa Leocadia, con rito doble y color encarnado.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO REAL. A las ocho y media.—Fausto.

TEATRO DEL CIRCO. Función para hoy á las ocho y media.—Los guardias del Rey de Siam.—Quinta representación del prestigioso M. Velle.

TEATRO DE LA ZARZUELA. Función para hoy á las ocho y media de la noche.—Los ribusteros.

Por todo lo no firmado, MANUEL DE TOMAS.

Editor responsable, DON MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejado, Silva, núm. 49, cuarto bajo.